

ESCRITURA CREATIVA

Textos de l'alumnat
2025/2026



TEXTOS DE L'ALUMNAT D'ESCRITURA CREATIVA

2025/2026

Dades CIP recomanades per la Biblioteca

CIP 82.09 TEX

Textos de l'alumnat d'escriptura creativa : 2025/2026.

– Girona : Universitat de Girona - Edicions UdG :
Documenta Universitaria, maig de 2026. – 1 recurs
en línia (109 pàgines)

Textos en català i en castellà. – Descripció del recurs:

26 de maig de 2026

ISBN 978-84-9984-750-4

1. Prosa d'alumnes catalana – Catalunya – Girona 2. Llibres
electrònics

CIP 82.09 TEX

Amb el suport de:

Universitat de Girona
Facultat de Lletres

Disseny de la cuberta: Documenta Universitaria

© dels textos: dels seus autors i les seves autores

© de l'edició: Documenta Universitaria*

www.documentauniversitaria.com

info@documentauniversitaria.com

Documenta Universitaria* d'Edicions a Petició, SL

ISBN: 978-84-9984-750-4

DOI: 10.33115/b/9788499847504

Girona, maig de 2026



Els textos i imatges publicats en aquesta obra estan subjectes —llevar que s'indiqui el contrari— a una llicència Creative Commons de tipus Reconeixement-NoComercial (BY-NC) v.4.0. Podeu copiar-los, distribuir-los i transmetre'ls públicament sempre que en citeu l'autor i la font i que no en feu un ús comercial. La llicència completa es pot consultar a <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.ca>



**Documenta
Universitaria**

@DocUniv
documentauniversitaria.com

Índex

Pròleg: un full en blanc.....	7
(Sense títol).....	9
A l'ombra del desig.....	19
Allà on les flors m'enyoren.....	23
Cabellos al viento.....	27
Cuando suba la marea.....	31
Diaris.....	33
Dues persones, un reflex.....	37
El dia que tot va canviar.....	41
El portal.....	45
El regne dels objectes oblidats.....	47
El silenci com a herència.....	53
El so d'un nom africà.....	59
Hèrència domèstica.....	63
L'absència.....	65
L'ombra negra.....	67
La ferida.....	73
Mentre la ciutat s'adorm.....	75
No he tornat.....	77
Records de matinada.....	79
Retalls de vida.....	85
Silenci a bales.....	91
Un espai dins meu.....	95
Una pàgina que mai no podrà llegir.....	99
Una pèrdua inesperada.....	101
Vers de Nadal.....	105
Agraïments.....	109

Pròleg: un full en blanc

Sam Pettifar

L'escriptura és una de les eines més importants que té la humanitat. La seva utilitat és variada i poderosa. Serveix com a arma, escut i mirall. Ens possibilita dir allò que ens és més difícil verbalitzar, i també veure les veritats que més ens costa acceptar. Dit això, el més important de l'escriptura és que ens dona l'habilitat de connectar-nos. Ens ajuda a sentir com se senten els altres, entendre per què se senten així i cohesionar-ho amb com nosaltres ens hem sentit.

L'escriptura, més que res, és una oportunitat. A través d'ella podem ser qui volem ser, i, curiosament, acostumem a ser nosaltres mateixos. Allò que expressem consta com a màxima representació del nostre jo intern. Ens crea un espai solitari, però acollidor, on podem treure la màscara darrere la qual ens amaguem.

L'escriptura ens presenta la llibertat de ser lliures. Ens deixa dir tot allò que volem dir, i també tot allò que sentim que no podem dir. Un foli mai no ens entendreà. Tampoc no ens respondrà. Però sí que ens escoltarà. I, al cap i a la fi, tothom vol ser escoltat. A més, l'acte d'escriure no només ens permet ser escoltats, sinó que també ens dona l'habilitat d'escoltar-nos a nosaltres mateixos.

Ens permet retratar el món intern i totes les seves bel·leses i complexitats. Ens fa crear paisatges a través de l'enteniment de les emocions, i així entendre-les millor. És una mà que ens acompanya en la soledat. Un mirall per on veure les nostres ferides per poder curar-les millor. Una veu que diu allò que no hem sabut expressar a ningú. És un cos que ens acompanya l'ànima quan sentim un dol. És algú que presència els nostres triomfs i els

nostres fracassos sense posar-los en qüestió. És una figura que reconeix qui som i qui hem estat, així ajudant-nos a formar qui serem. L'escriptura és reconeixement, tant de nosaltres com dels altres.

L'escriptura és informar sense necessitat de resposta, ja que l'emoció que invoca, en si, ja és resposta. Per aquests motius, és el millor escut que un pot tenir. L'espasa més afilada que un pot portar. El mirall més clar que podem observar. I, finalment, per molt bé o malament que ho fem, aquelles paraules són nostres, i sempre ho seran.

(Sense títol)

Anònim

Amigos de un solo uso

El despertador no suena. No hace falta. Mi cuerpo está tan acostumbrado al ritmo de la hostelería que ya funciona en modo defensa personal: se despierta antes de que empiece el día, como si esperara un ataque sorpresa. Me levanto, me miro al espejo y pienso que mi cara es el resumen perfecto de lo que significa trabajar sirviendo mesas: ojeras permanentes, cabello en su propio caos y esa mirada de «vengo de la guerra y aún no he firmado el tratado de paz».

Salgo de casa y mientras camino hacia el trabajo ya sé perfectamente en qué me estoy metiendo. A veces me gusta decir —y lo digo en serio— que la hostelería no es un trabajo, es una guerra. No exagero. Tiene sus batallas, sus bajas, sus estrategias inútiles que todos hacemos ver que funcionan, sus momentos de caos absoluto y esa sensación rara de que todo puede explotar en cualquier momento. El servicio nunca te espera: o corres o te pasa por encima.

Y ahí, justo en medio del humo de la cocina, del ruido de copas, de los gritos de «¡sale mesa 22!» y de los clientes que no saben lo que quieren ni aunque se lo dibujes, es donde empieza lo extraño. Es donde te encuentras rodeado de gente que, como tú, está intentando sobrevivir otra noche más. Gente que no conocías hace dos minutos, pero con quien, de golpe, compartes lenguaje, ritmo y cansancio. Y, sin saber muy bien cómo, empiezas a confiar en ellos como si fueran soldados de tu mismo batallón.

Es ahí cuando aparece, sin pedir permiso, el concepto que últimamente no me saco de la cabeza: los amigos de un solo uso. No porque sean desechables, sino porque nacen y mueren dentro del mismo turno. Son esas personas que entran en tu vida en pleno combate, cuando todo va rápido y no hay tiempo para pensar, y con las que creas una conexión absurda, intensa y totalmente inesperada.

En la guerra de la hostelería, un compañero puede salvarte la noche. De repente aparece alguien que te cubre cuando estás saturado, que te pasa un vaso de agua sin que lo pidas, que te dice «respira, yo saco esta mesa». Y tú, agotado pero agradecido, te abres.

Le cuentas cosas que jamás contarías en una cena tranquila con tus amigos de siempre. No sabes por qué, pero lo haces. Porque ahí, entre humo y caos, nadie lleva máscara. No hay tiempo. No hay filtros. Y como sabes que esa persona mañana igual ya no está, te sientes libre para ser tú sin miedo al juicio.

Es gracioso: a veces en una sola noche conoces mejor a alguien que en meses de convivencia normal. Te cuentan historias personales, dramas amorosos, sueños frustrados, cosas íntimas que no hubieras ni escuchado en un podcast de psicología. Y tú también te confiesas, porque, total, ¿qué riesgo hay? En medio de la guerra, la sinceridad no da miedo. No hay reputación que mantener. No hay un futuro que proteger.

Pero, como en toda guerra, siempre llega el momento duro: las bajas. Esa sensación cuando entras al trabajo al día siguiente, preguntas por aquel compañero con quien hiciste migas, con quien sobreviviste al caos del servicio de ayer, y te dicen con total naturalidad: «Ah, ese ya no viene». Así. Sin ceremonia. Sin aviso. Sin despedida.

Y de repente lo sientes como si fuera un camarada que cayó en el campo de batalla. Hiciste un día juntos en el infierno, riendo por no llorar, compartiendo confesiones que no deberíais estar compartiendo... y al día siguiente: puff, desaparecido.

Y lo peor es que no puedes ni permitirte hacer el duelo. No puedes parar cinco minutos y decir «oye, pues me ha sabido mal perder a esta persona que me vio sin máscaras». No. Porque la guerra sigue. Porque ya han entrado tres mesas nuevas, porque la máquina de hielo se ha roto (otra vez), porque un cliente está quejándose de algo que ni siquiera recuerdas haber tocado. Así que sigues. Como si nada. Pero algo sí que te pesa.

Ese pequeño pinchazo de haber perdido a alguien que te vio exactamente como tú eras, y que, sin entender muy bien por qué, cayó bien contigo siendo tú de verdad. Eso duele. No un dolor dramático de película triste; es ese dolor suave, de cuando algo te importó más de lo que pensabas y lo perdiste antes de poder darte cuenta.

Con el tiempo he descubierto que estas amistades de un solo uso son más importantes de lo que parecen. No duran, no dejan fotos, no se guardan en contactos, pero sí dejan algo. Una frase. Un gesto. Una risa en mitad de la tormenta. Una versión de ti mismo que salió sin filtro y que te gustaría recuperar más a menudo.

Y tal vez esa sea la gran paradoja de la hostelería: que, en medio del caos, de la guerra constante, de los gritos y la adrenalina, es donde más auténtico te vuelves. Y donde personas que aparecen solo un turno llegan a conocerte mejor que mucha gente que lleva años en tu vida.

Bandos

Antes de que empiece la guerra, alguien decide que hay bandos. No siempre es evidente quién los crea, pero una vez existen, todo se interpreta desde ahí. En la hostelería, los bandos parecen claros: clientes contra trabajadores. Ellos piden. Nosotros servimos. Ellos esperan. Nosotros corremos. Ellos se quejan. Nosotros aguantamos. Desde fuera parece un enfrentamiento constante, una tensión inevitable, como si estuviéramos destinados a chocar. Pero la realidad es más rara que eso.

El cliente no siempre trata al trabajador de la misma manera. A veces te mira como a un humano. Te saluda. Te pregunta cómo estás. Entiende que puedes equivocarte. Te habla con respeto, como si compartierais algo más que una transacción. En esos momentos, la guerra se suspende. No desaparece, pero se congela. Hay tregua.

Otras veces, te trata como a un esclavo. No con violencia explícita, sino con ese desprecio cómodo de quien cree que su tiempo vale más que el tuyo. Chasquea los dedos. No da las gracias. Te habla sin mirarte. Para él no eres una persona, eres un instrumento, un medio para un fin. Y ahí el conflicto se vuelve silencioso, denso, cansado.

Luego están los que intentan ser tus amigos. Los que te llaman por tu nombre después de leerlo en el ticket o en la chapa. Los que hacen bromas forzadas. Los que cruzan una línea que no has dibujado tú. No son malos, pero confunden cercanía con confianza. Creen que porque les sirves los platos, también les sirves atención emocional.

Y finalmente están los que te ven como un enemigo. Los que entran ya preparados para la batalla. Buscan el fallo antes de que ocurra. Interpretan cualquier retraso como un ataque personal. Se defienden atacando. No quieren comer: quieren ganar.

Pero lo curioso es que, en el fondo, no hay ningún enfrentamiento real. Ni el cliente quiere una guerra, ni el trabajador la ha elegido. Nadie entra a un restaurante pensando «hoy voy a pelear». Lo único que hay en medio es la comida. Ese objeto aparentemente inocente que se convierte en excusa, en símbolo, en detonante. Como los recursos en las guerras de verdad. Como los discursos de los políticos que hablan de problemas simples como si fueran inevitables.

La comida llega tarde y estalla el conflicto. La comida no es lo que esperaban y alguien pierde la paciencia. La comida falla y, de pronto, hay bandos. Pero la comida no decide nada. No tiene intención. No tiene culpa. Aun así, alrededor de un plato se construyen jerarquías, se liberan frustraciones y se proyectan miserias personales.

El cliente descarga su día. El trabajador absorbe. No porque sea más débil, sino porque es su papel en ese momento. Como el soldado que recibe órdenes que no ha dado. Y nosotros, los que estamos en medio, aprendemos rápido a leer el terreno, a distinguir quién viene en son de paz y quién busca pelea, a medir palabras, gestos y silencios. A sobrevivir.

Este relato nace ahí, en esa frontera invisible donde no hay enemigos reales, pero sí desgaste. Donde la guerra no la provocan las personas, sino el sistema que las enfrenta por algo tan básico como comer. Porque al final, ni ellos son nuestros enemigos, ni nosotros somos sus sirvientes. Somos personas atrapadas en una coreografía absurda, repitiendo roles que nadie recuerda haber asignado. Y mientras el plato no llega, la guerra parece inevitable, como si alguien, en algún despacho lejano, hubiera decidido que tenía que ser así.

Los caporales

En toda guerra hay soldados rasos, mandos intermedios y gente que se inventa el rango. En la hostelería, a estos últimos los llamamos clientes fantasmas, o fardones. Son fáciles de reconocer, no por lo que piden, sino por cómo lo piden. Llegan con seguridad impostada, miran alrededor como si el lugar les perteneciera y hablan con una familiaridad forzada que intenta dejar claro que no son clientes cualesquiera.

Insinúan que conocen al jefe, que allí siempre los tratan bien, que vienen recomendados por alguien importante. Lo dicen con una sonrisa torcida, esperando que algo cambie: una mejor mesa, más atención, un trato especial. Como si nombrar a alguien invisible les otorgara autoridad

inmediata. Como si en esta guerra bastara con decir que mandan para que el rango aparezca solo.

La mayoría de las veces asentimos. No porque les creamos, sino porque no vale la pena entrar en combate. En hostelería se aprende rápido que discutir egos ajenos no paga facturas. Lo curioso es que casi nunca es verdad. Luego preguntas, con naturalidad, y la respuesta suele ser la misma: no los conocen, o apenas los recuerdan. A veces han intercambiado cuatro palabras en una barra hace años y esa microinteracción ha crecido en su cabeza hasta convertirse en amistad íntima, casi familiar. En su relato son aliados cercanos del alto mando; en la realidad, son solo ruido.

Hubo una noche que dejó todo esto demasiado claro. El jefe estaba trabajando con nosotros. No supervisando desde lejos ni dando órdenes, sino trabajando de verdad. Recogiendo platos, limpiando mesas, cargando bandejas. Sudando. Como uno más. No llevaba traje, ni reloj caro, ni aura de poder. Llevaba un delantal manchado y cara de cansancio, exactamente igual que nosotros.

Un cliente empezó a tratarlo como a cualquier otro trabajador, con condescendencia y ese tono medio burlón que algunos usan cuando creen que están por encima. Le dio órdenes, lo corrigió, incluso se rio un poco, como si aquel hombre formara parte del decorado. Mi jefe asintió, recogió los platos y siguió trabajando. Hasta que alguien aclaró, sin dramatismo, que él era el dueño.

El silencio fue inmediato. No uno largo e incómodo, sino seco y cortante. La cara del cliente cambió en segundos, como si alguien le hubiera arrancado el uniforme imaginario. Pasó de caporal a recluta. Balbuceó una disculpa, rio nervioso e intentó recomponerse. Demasiado tarde. No había hecho nada grave ni había insultado, pero había quedado expuesto. Porque en esta guerra absurda, el verdadero rango no se grita: se ejerce.

Ahí entendí algo. Muchos clientes no vienen solo a comer. Vienen a sentirse importantes, a recordar o inventar un lugar en la jerarquía, a demostrar que mandan en algún sitio, aunque sea en una mesa durante una hora. Y nosotros somos el escenario perfecto: uniformados, serviciales, callados. Un público cautivo.

Por eso abundan los fantasmas. Los que dicen conocer a todo el mundo, los que presumen de poder sin tenerlo, los que confunden dinero con autoridad y cercanía con control. Lo irónico es que los que de verdad mandan casi nunca lo dicen. Trabajan, observan, recogen platos sin que nadie lo espere. Y cuando hablan, no necesitan levantar la voz. Supongo que en la guerra de la hostelería también pasa esto: los que más ruido hacen suelen ser los que menos rango tienen. Y los que de verdad sostienen todo,

muchas veces, pasan por locos o por trabajadores más. Hasta que alguien se queda flipando.

Confesiones bajo los focos

El alcohol hace cosas curiosas en la guerra. No apaga el miedo, pero afloja la lengua. En un restaurante, cuando la noche avanza y las copas se acumulan, las confesiones empiezan a caer como balas perdidas. No ocurre de golpe. Primero es una broma, luego una frase de más y, sin darte cuenta, tienes a un cliente contándote su vida mientras apoyas la bandeja en la cadera y miras de reojo la sala, por si te necesitan en otra mesa.

Hay algo en el camarero que invita a hablar. Quizá porque no pertenecemos a su mundo. Porque no somos familia, ni amigos, ni compañeros de trabajo. Somos una figura temporal, un desconocido con cara amable y sin derecho a réplica. El confesor perfecto.

A veces te hablan de cosas pequeñas: del trabajo que odian, de la pareja que no los entiende, del cansancio de vivir siempre igual. Otras veces se lanzan sin paracaídas. Infidelidades, rencores, trampas, pensamientos que seguramente no dirían sobrios ni delante del espejo. Y tú escuchas. Siempre escuchas.

No porque quieras, sino porque estás ahí. Porque no puedes irte. Porque en medio de la guerra no abandonas tu puesto, aunque te caiga encima la historia de alguien que no conoces.

Lo más inquietante llega cuando te das cuenta de que saben más de lo que aparentan. Clientes que, entre copa y copa, mencionan cosas del restaurante que nunca deberían conocer. Quién se lleva mal con quién, qué mesa siempre da problemas, qué jefe engaña con las horas, qué camarero llega siempre tarde. Lo dicen con naturalidad, como si fuera información pública, como si tú no supieras que eso, en otras manos, podría explotar.

Y ahí aparece otra batalla: la del silencio. Porque podrías hablar, podrías contar, podrías provocar. A veces incluso te dan ganas. Porque estás cansado, porque la tentación de crear un poco de caos es grande, porque el chisme corre rápido y alivia momentáneamente la frustración. En un entorno tan tenso, una palabra mal colocada puede incendiar una sala entera.

Pero no lo haces. Aprendes rápido que guardar secretos es parte del uniforme, que hay cosas que se escuchan y se entierran, que no todo lo que sabes te pertenece. En esta guerra, el verdadero poder no está en hablar, sino en callar.

Aun así, no es fácil. Esas confesiones se quedan contigo. Se mezclan con el ruido de platos, con el olor a alcohol derramado, con el cansancio acumulado. Te vas a casa sabiendo más de lo que querías saber sobre desconocidos que mañana no recordarán ni tu cara. Ellos se levantan, pagan y se van, aliviados. Tú sigues trabajando, cargado.

Hay noches en las que siento que soy un archivo vivo, una carpeta llena de secretos ajenos, verdades a medias, locuras dichas con la voz pastosa y la mirada perdida. Historias que no son mías, pero que nadie me pidió permiso para guardar. Y sin embargo, lo hago, porque alguien tiene que hacerlo.

Supongo que estas confesiones también forman parte de los amigos de un solo uso. No se construyen con risas ni con complicidad, sino con vulnerabilidad accidental. Gente que se abre porque cree que no habrá consecuencias, porque confía en que, al salir por la puerta, todo quedará atrás. Y casi siempre es así.

El restaurante se cierra, las luces se apagan y las historias se quedan flotando en el aire, como el humo después de una explosión. Mañana habrá nuevos clientes, nuevas copas y nuevas confesiones. Y nosotros, otra vez, ahí, escuchando, callando, sobreviviendo.

Comer solo

La soledad no siempre hace ruido. No grita, no interrumpe, no pide nada. A veces simplemente se sienta a la mesa y espera.

Hay momentos del turno en los que el cuerpo sigue trabajando, pero la cabeza se queda atrás. Las manos se mueven solas: coger la bandeja, servir el plato, retirar el vaso, repetir. Ya no piensas. Ya no decides. Estás robotizado, como un soldado que ha repetido tantas veces la misma maniobra que podría hacerla dormido. Es en esos momentos cuando aparece la soledad, no como tristeza, sino como un hueco.

El local está lleno de gente, de conversaciones cruzadas, de risas que no escuchas del todo. Tú estás ahí, en medio, pero no formas parte de nada. Eres necesario, pero invisible. Te llaman por gestos, por miradas impacientes, por dedos levantados. Nadie te pregunta cómo estás, y tampoco lo esperas. Sigues, porque en la guerra no hay espacio para detenerse a sentir.

A veces, mientras camino entre mesas, me descubro pensando cosas raras. Pensamientos sueltos, sin orden. Recuerdos que no vienen a cuento. Preguntas que no tienen respuesta. Me doy cuenta de que llevo minutos sin

hablar con nadie de verdad, solo frases automáticas: «¿Todo bien?», «Ahora mismo te lo traigo», «Que aproveche».

Y entonces los veo: clientes que vienen solos. No los ves al principio, porque una mesa para uno no llama la atención, no ocupa espacio, no molesta. Pero cuando te fijas, están ahí más de lo que parece. Personas que comen despacio, que miran el móvil sin mirarlo de verdad, que observan a las otras mesas como si fueran escenas de una vida paralela.

Al principio no pensé mucho en ellos. Otro cliente más, otro plato servido. Pero con el tiempo empecé a mirarlos distinto. Quizá porque en ellos vi algo mío. Me pregunto qué los trae aquí solos. Si es costumbre o necesidad. Si vienen porque quieren o porque no tienen a nadie con quien venir. Y sin querer, empiezo a imaginar. Imagino cómo debe sentirse sentarse frente a un plato caliente sin nadie al otro lado, escuchar conversaciones ajenas mientras masticas en silencio, fingir que estás cómodo, que no pasa nada, que has elegido estar ahí. Imagino la soledad educada, esa que no incomoda a nadie más que a quien la lleva dentro.

Y entonces me doy cuenta de la ironía: yo tampoco estoy acompañado. Ellos comen solos en una mesa. Yo trabajo solo entre muchas mesas. Nos separa una barra, un uniforme, un papel asignado. Pero la sensación se parece más de lo que debería: estar rodeado y aun así sentirse fuera, ocupar un espacio sin pertenecer del todo.

Hay días en los que me siento más solo en un restaurante lleno que en mi casa cerrada y en silencio. Porque aquí no puedes permitirte desaparecer. Aquí tienes que estar presente constantemente, aunque por dentro estés lejos. A veces, cuando retiro el plato a un cliente que ha comido solo, me dan ganas de preguntarle si ha estado bien de verdad. No por el punto de la carne, no por la salsa, sino por él, por cómo se ha sentido sentado ahí. Pero no lo hago. Porque no es mi papel, porque la guerra no permite ese tipo de gestos. Así que sonrío, doy las gracias y sigo.

Y mientras camino hacia la cocina, pienso que quizá todos estamos un poco así: cumpliendo roles, ocupando lugares, aparentando que todo está bien. Personas solas cruzándose con otras personas solas, sin llegar a tocarse.

Supongo que por eso este capítulo tenía que existir. Porque antes de hablar de secretos, de mentiras o de infidelidades, había que hablar de la soledad, de ese silencio que se cuele entre turno y turno, entre mesa y mesa, de ese cansancio que no se ve, pero pesa. Porque al final, en esta guerra que es la hostelería, no siempre caes por una bala. A veces caes por sentirte solo, incluso cuando todo a tu alrededor está lleno.

Mesa para dos, pero no juntos

En toda guerra hay momentos de acción y otros de observación. No siempre disparas. A veces solo miras. Y mirar también cansa. Era una noche aparentemente normal, de esas que no prometen nada especial y por eso mismo suelen ser las que más se te quedan clavadas. El local estaba medio lleno, el ruido era constante, y yo iba en piloto automático, repartiendo platos y sonrisas con la precisión de alguien que ya no piensa cada movimiento.

Entonces los vi. Entraron juntos, pero no juntos del todo. No hubo manos entrelazadas, ni miradas largas, ni ese lenguaje corporal que delata a una pareja cómoda. Más bien lo contrario: una distancia calculada, un silencio estratégico. Me pidieron sentarse en mesas separadas. No lejos, pero tampoco cerca. Lo justo para parecer casualidad. En hostelería aprendes rápido a no hacer preguntas. Si alguien quiere una mesa apartada, se la das. Si alguien evita miradas, tú miras el suelo. Aquí no estamos para juzgar, estamos para servir. Aun así, algo se notaba raro. Cada vez que me acercaba a una de las mesas, el otro levantaba la vista de reojo, como si comprobaran constantemente que el escenario seguía bajo control, que nadie sospechaba, que la mentira aún aguantaba en pie. No hablaban mucho. Pedidos sencillos. Bebidas rápidas. Gestos cortos. Pero había tensión. No una tensión romántica, sino otra más incómoda: la de quien sabe que está haciendo algo que no debería, pero aun así ha decidido hacerlo.

Yo seguía con mi guerra particular: comandas, platos, prisas. Pero entre trayecto y trayecto, los veía. Y sin querer, me convertí en testigo. Cuando el servicio acabó y el ruido empezó a bajar, ya no estaban. Se fueron sin despedirse. Como llegan muchas cosas en la hostelería: sin anuncio y sin cierre.

No fue hasta más tarde, ya con el cuerpo cansado y la cabeza bajando revoluciones, cuando un compañero me contó, sin dramatismo, que la mujer era del barrio y estaba casada. No hubo silencio de película. No hubo música triste. Solo ese pequeño «clic» interno, ese momento en el que algo encaja y te deja una sensación rara en el estómago.

No conocía a esa mujer. No conocía a su marido. No conocía su historia. Y aun así, sentí el peso. Porque en esta guerra absurda que es la hostelería también recoges metralla emocional que no es tuya. Pensé en lo frágil que es todo, en lo fácil que parece cruzar una línea cuando nadie te conoce, en cómo los bares, los restaurantes, los turnos de noche se convierten en refugios temporales para versiones de nosotros mismos que no salen a la luz en casa. Ese hombre y esa mujer fueron, sin saberlo, amigos de un solo uso. No porque habláramos. No porque nos conociéramos. Sino porque durante un rato compartimos un secreto. Yo fui parte del escenario de su mentira. Ellos fueron parte de mi cansancio.

Y al día siguiente, como siempre, la guerra continuó. Nuevos clientes. Nuevas mesas. Nuevas historias que no me pertenecen pero que se me quedan pegadas a la piel. Nadie volvió a mencionar a aquella mujer. Nadie preguntó nada. Aquí las historias no se revisitan; se pisan y se sigue caminando. Pero a veces, mientras sirvo una mesa para dos, no puedo evitar pensarlo: en cuántas guerras personales pasan por delante de mí cada noche, en cuántas verdades se esconden detrás de una copa de vino, y en cómo, sin quererlo, me convierto en confidente de personas que no volveré a ver jamás.

Supongo que por eso estos amigos de un solo uso, incluso los que no saben que lo son, dejan marca. Porque durante un instante nos muestran algo real. Algo roto. Algo humano. Y luego desaparecen. Como todo en la hostelería. Como en la guerra.

Y quizá ahí está la paradoja: entre gritos, mesas, humo y caos, la hostelería te enseña que la conexión más sincera puede durar lo que dura un turno, y que a veces, conocer a alguien, aunque solo sea por un instante, ya es suficiente.

A l'ombra del desig

Anònim

Tinc un foc a dins. Un foc que no em crema, però que em devora. És com un fil primíssim que em tiba des del centre del pit, com una mà invisible que em promet plenitud tant si avanço, com si corro, com si m'aturo, com si m'estiro fins a esquinçar-me. Visc enganxat a aquest anhel: la promesa d'allò que encara no tinc, la imatge fugaç d'un objecte, d'un cos, d'un futur que brilla només perquè és lluny. Perquè encara no és meu. Amb el temps es transforma, comença a desdibuixar-se i, de sobte, és una obsessió que em persegueix allà on vaig. Desintencionadament. I camino, sempre camino, convençut que la felicitat és un lloc que m'espera amb els braços oberts a l'altra banda del desig.

Potser és aquesta distància —aquest espai que separa el que soc del que imagino ser— el que manté viu el meu foc. Sospito que, si arribés a tocar amb facilitat allò que projecto, allò que anhele amb totes les meves forces, alguna mena de coherència interna s'ordenaria dins meu. Per això fabrico expectatives com qui construeix temples: amb una reverència seriosa, amb la convicció que el futur conté una millor versió de mi mateix. I mentre espero, la vida continua i les portes es tanquen. La vida en si mateixa es converteix en un vestíbul: un lloc de pas on tot és provisional, on fins i tot la joia es retarda perquè la reservem per al moment indicat en què, finalment, arribi allò que tant desitgem i que ens brindarà felicitat.

Però quan finalment arriba —quan els dits se m'enreden en allò que tant esperava— el món es desinfla. Em cau a sobre. La llum que abans m'encegava es torna opaca, domèstica, gairebé vulgar. Allò que em semblava indispensable és de sobte lleuger, accidental, completament buit. Me'n queda

un regust agre dolç, d'insuficiència, com si hagués mossegat una fruita que prometia dolçor, però finalment només m'ofereix aigua. Com una fruita que per fora sembla deliciosa, però quan la tastes és insípida.

I així, de nou, torno a encendre el foc. Torna el gest de projectar-me endavant, d'imaginar noves fites, nous objectius, noves flames que em facin creure —ni que sigui per un moment— que aquesta vegada sí, que aquesta vegada ompliré el forat que sempre reclama més i més. I sí, aquesta és la dansa sense música del meu temps: desitjar, intentar, caure, intentar de nou, obtenir, decebre'm i tornar a començar. Una devoció estranya per tot allò que encara no existeix, una fe cega en el miratge que mai no sacia, però que sempre em crida.

Potser resulta que només som això: éssers que perseguim ombres en flames, amb l'esperança ingènua que alguna ens abraçi i, per fi, ens cremi.

Hi ha dies, però, en què el desig sembla gairebé un animal domèstic: el sento dormir als meus peus, respirant amb calma, com si finalment hagués trobat la pau. Només noto la seva presència i ja quasi no em turmenta. Per uns instants m'acostumo al seu 'jo' que s'ha fet un lloc en mi i que ja no m'atabala. Per moments deixo de sentir angoixa i m'oblido que he d'assolir la felicitat que m'espera al final del camí. Però només em cal un gest, una nova llum que s'encengui darrere d'una finestra o una petita promesa que em xiuxiegi a l'oïda perquè es desperti famolenc i em reclami per ell. És llavors quan entenc que no és pas meu, aquest animal; de fet, ni tan sols existeix. Només és fruit de la meua imaginació i l'única cosa que sap fer és condemnar-me i fer-me viure lligat a la seva corretja invisible.

I, tanmateix, hi ha un misteri en aquesta ferida que mai acaba de cicatritzar perquè sempre em raja. Potser el desig no és només un símbol d'absència, sinó l'evidència que encara soc capaç d'imaginar, de crear-me expectatives i falses il·lusions. Que dins meu hi ha una escletxa per on entra una llum estranya, incòmoda, però viva. Potser persegueixo miratges perquè, en el fons, em recorden que encara espero alguna cosa del món. I que, tot i la decepció que m'espera a cada assoliment, insisteixo: torno a mirar endavant, torço el cap cap al futur, i deixo que aquesta set, inacabable em mantingui despert. I, un altre cop, continuo esperant alguna cosa que mai arriba.

Potser és precisament aquesta vigília eterna la que em salva del meu silenci interior. Perquè, quan el desig s'apaga del tot, em queda un buit existencial d'una serenitat gairebé intolerable, com un camp després d'un incendi on ja no pot créixer res més. És curiosa la meua manera de funcionar: prefereixo la inquietud a la calma, l'anhel al conformisme, perquè és en aquesta tensió —a mig camí entre el que tinc i el que encara imagino— on se sosté la meua naturalesa. Potser soc un ésser incomplet, sí, però és en la fissura on la

meva vida respira: en la fam que no s'adorm, en la mà que s'alça de nou, en el batec que s'obstina a voler una mica més del que el món sembla disposat a donar-me.

A vegades em qüestiono si tot plegat és autoexigència disfressada de desig, o si simplement estic pagant el preu inevitable d'haver nascut en un sistema que converteix l'ambició en respiració. Em pregunto si, sabent-ho, no hauria de rebel·lar-me contra aquesta deriva i aprendre a mirar de cara el present, a sostenir-lo sense por que s'esmicoli en petits trossos. Simplement, aprendre a acceptar-lo. Però cada vegada que intento alliberar-me dels objectius que sé que no m'ompliran la ferida, alguna veu —potser meva, potser del món— m'empeny de nou cap a la cursa. És com si la felicitat s'hagués tornat una frontera inabastable precisament perquè la busco, encara que sigui a prop o massa lluny. I, no obstant això, en el fons de tot, hi ha una intuïció que persisteix: que potser el veritable acte de resistència no és cercar una felicitat idíl·lica, sinó descobrir-la en el mateix dia a dia i triar fites que no ens exigeixin fugir del present, sinó habitar-lo.

Suposo que només es deu tractar d'això: d'aprendre a conviure amb el foc sense deixar que em consumeixi. De reconèixer que les flames que m'empenyen poden ser també les que m'il·luminen el camí, si aprende a mirar-les correctament. Potser no cal apagar els desitjos, sinó saber-los escoltar fins que deixin de cridar i em comencin a parlar. I aleshores, en aquest murmur més suau, descobrir que el que buscava tan lluny del meu abast sempre havia estat a tocar: un espai on el present no em crema, sinó que m'escalfa. Un lloc on la llum no m'encega, sinó que m'acompanya. I així, a poc a poc, entendre que no soc un esclau del foc, sinó qui tria què en fa de la seva escalfor.

I aleshores, la felicitat que pensava que m'esperava a l'altra banda del desig potser no suposava apagar el foc, sinó aprendre a alimentar-lo, sense necessitat de cremar-me. I potser, només potser, la plenitud comença quan la flama és suficient per veure-hi clar i anar a la recerca, no d'un foc diví, sinó de la meva pròpia llum.

Allà on les flors m'enyoren

Anònim

A la nena que vaig ser, i que encara m'acompanya

Encara recordo els diumenges de bon matí a casa la mare. Em despertava amb el primer raig de llum que entrava pel balcó i que es fonia sobre la meua galta, l'olor de torrades amb mantega i sucre, el so de les ones, el tacte fred del terra del passadís. Casa la mare sempre havia estat un niu, un refugi, un núvol, un desig, un sospir que passava volant com les orenetes a l'estiu. Somiava ser un ocell, volar cap al niu on batejava la serenor que necessitava i escapar de tot el que m'espantava. Llàstima que fos petita i encara no tenia ales, sentia que abans que haguessin brotat algú ja me les havia pres.

Amb prou feines havia fet vuit anys i tot i ser una nena riallera, inquieta i amb ganes de menjar-me el món, els meus pares es van separar. Mentre tots els nens patien per què els portaria els Reis d'Orient o escurar l'última cullerada de gelat, jo em preguntava quan podria viure amb la mare per sempre sense anar amunt i avall en un lloc on no sentia res més que tristesa. Els dies d'estiu es feien hivern, la foscor s'empassava qualsevol llambreig i la dolçor dels moments d'infantesa es convertien cada vegada més en instants amargs que perduraven. Molts ho deien «enyorança», altres «dependència», jo només sentia que era una nena que necessitava l'escalfor d'una família que la volia, i desaparèixer d'aquell altre que la tenia per rancor i no per voluntat.

Els caps de setmana amb la mare eren com un horitzó infinit de rialles, com una lllaminadura àcida i intensa, però que acabava amb notes dolces i suaus. Ella em portava a veure el mar, m'agafava de la mà a la sorra i em deia:

—«D'aquí a uns dies tornes, jo seguiré aquí, ets molt forta».

Jo només podia estrènyer-li la mà i deixar caure les llàgrimes sobre el seu jersei amb aquella essència que tant m'agrada, la seva olor.

Cada cop que entrava a casa, les jaquetes continuaven penjades, les petxines del rebedor estaven dins el gerro, l'estora seguia sense un plec i el menjador conservava l'olor de la xemeneia. El mar s'escoltava per tots els racons de la casa. M'encantava llevar-me abans d'hora per veure-la remenar la cullera metàl·lica dins el cafè, escoltar el cant dels ocells i sobtar-la amb una abraçada per l'esquena, ho tenia tot. Si el dia era clar, tot el menjador es difuminava sota la blancor del sol que en donava els bons dies abans d'anar a l'escola. Ella reia mentre em posava l'entrepà a la motxilla, sabia que preferia una xocolatina, però, malgrat tot, jo només desitjava el petó de comiat abans de tancar la porta. Aquell món era petit, fugaç, senzill, però era el nostre món.

Però de sobte arribaven els divendres, i l'aire canviava, els núvols es xocaven i els llençols passaven de ser suaus i sedosos, a ser rugosos. Sabia perfectament que començava el cap de setmana quan la panxa m'estrenyia, com un nus a la gola. La meva vida passava a estar dins una maleta petita, amb el peluix, quatre bruses i un pijama dels meus dibuixos animats preferits. La brisa del mar, el soroll de les veïnes parlant amb l'àvia o l'avi rondinant deixaven de sentir-se quan la mare, amb veu suau, però directe em deia agenollada a la meva alçada: «Avui et ve a buscar el pare Marta». Llavors tot començava a pesar. Sota el braç duia tot el necessari per passar el cap de setmana: una muda per dissabte, una altra per diumenge, el raspall de dents i el llibre que, sovint, no llegia. La mare m'ajudava a plegar-ho tot, parlant de coses sense importància, però jo notava com el seu silenci s'anava fent més llarg a mesura que la maleta s'omplia.

L'acomiadament era breu, massa. Una abraçada, un petó al front, un «fes bondat» i una mirada que intentava amagar el que jo sí que veia. Recordo que sempre volia allargar aquell instant: apujar-me els mitjons, buscar un jersei que no calia o anar a veure les plantes abans de marxar. Era la meva manera d'endarrerir el moment inevitable.

Quan pujava al cotxe del pare no podia evitar mirar enrere i alçar la vista al balcó, on la mare i els avis em deien adeu, tant de bo el carrer hagués estat més llarg per haver-los pogut veure uns segons més. El cotxe feia olor d'ambientador fort, com quan intentes posar una aroma per sobre d'una que no vols olorar, per tapar.

L'ambient era fred, tèrbol, fosc. Tractava de comptar els arbres que passaven per la finestra, buscar cotxes grocs per guanyar la competició amb la meva germana gran, veure què amagaven les finestres de les cases, però sempre acabava perduda amb els meus pensaments.

Hi havia una tristesa silenciosa dins meu que no sabia com explicar. No era ràbia, ni por, ni tan sols angoixa: era la sensació d'estar fora de lloc. Encara no havíem arribat al poble del costat i ja pensava en la tornada

de dilluns. A cada quilòmetre, em semblava que m'allunyava una mica més de mi mateixa. Pensava en la casa que deixava enrere, en la finestra del menjador, en la tassa de cafè que potser encara era calenta. I sobretot, pensava en les plantes del balcó. La mare sempre deia que tenien vida pròpia, que li parlaven en silenci quan les regava. Jo m'imaginava que, mentre jo era fora, s'entristien. Que notaven la meva absència. Potser és per això que, cada cop que tornava diumenge a la tarda, les trobava més verdes, com si s'alegressin de veure'm. Aquell petit miracle era, per a mi, la prova que casa també m'esperava.

La realitat, però, era un altre. En arribar a casa del pare i aparcar el cotxe, els dos ens foníem en un emmudiment immens sota l'alè extingit del motor apagat i em preguntava que volia per sopar, pensant que amb una pizza es podia solucionar la situació. La maleta encara feia olor de suavitzant de rentar la roba de casa la mare, una part d'ella em floria dins només d'olorar-la. A la nit, el relloge del menjador semblava no tenir piles: els minuts passaven més lents i els batecs del cor, més ràpids. La veu imaginària de la mare s'apropiava del silenci: les seves frases, els seus acudits, la seva veueta cantant les seves cançons preferides. M'adormia amb una mena de tristesa suau, d'aquelles que no fan soroll, però que sentis a dins, com un fil invisible que t'estira cap al lloc on vols ser.

L'endemà al matí el pare em feia l'esmorzar i tractava de saber com me n'havia anat la setmana. Jo només volia dissimular que havia plorat durant la nit a causa de l'enyorança i m'asseia a la taula, amb el got de llet davant mentre mirava com la llum entrava per la finestra. A vegades pensava que aquella claror devia ser la mateixa que tocava la cara de la mare, allà on fos. Reconec que això em feia sentir més a prop d'ella, encara que només fos una mica.

El pare intentava fer plans: anar al parc, mirar una pel·lícula, comprar gelat. Jo assentia, i hi anàvem, i a vegades fins i tot m'ho passava bé. Malgrat tot, ell era el meu pare i també sentia tenir el cor dividit en una situació confusa i desordenada. Sentia pena per no estimar-lo com a la mare. Arribava el diumenge al vespre. Aquella hora en què la llum ja comença a canviar de color i el silenci de la casa es torna més dens, com si també sabés que s'acaba el cap de setmana.

Quan em posava el pijama i ell m'acotxava, el pare sempre em feia un petó al front. Jo tancava els ulls i pensava que segurament la mare també ho faria l'endemà al matí. I aleshores el cor se m'omplia d'una mena d'impaciència dolça, com si ja pogués sentir la seva escalfor només d'imaginar-la.

Abans de dormir, el pare em deia:

—Bona nit, princesa.

I jo li responia fluixet:

—Bona nit, papa.

Però dins meu, molt a dins, jo deia una altra cosa: *Fins demà, mama.*

Desperto onze anys després. Amb vint anys la vida continua sent jove, dolça i emotiva. No vaig poder gaudir de les últimes cullerades de gelat com hagués desitjat, poder tampoc vaig plorar pel que em tocava, però simplement vivia el que em va tocar, la meva vida. De vegades penso en aquella nena de vuit anys que comptava els dies per tornar amb la mare, no la jutjo ni li tinc llàstima. Ara sé que només intentava entendre el món amb un cor massa petit per a tantes emocions. He après que no era culpa seva, ni tan sols meva. Que el que sentia no era ingritud, ni rebuig, ni confusió. Era amor, senzillament. Ell no es va portar bé, gens, però la vida el va posar al seu lloc quan al cap de pocs anys vaig decidir viure sota un únic sostre que, com era d'esperar, no era el seu. Amb els anys, tot això m'ha ensenyat a sentir la vida diferent, a no tenir pressa per entendre-ho tot, a cuidar els meus espais, a saber quan necessito silenci i quan necessito escalfor, a respectar la meva sensibilitat, que és el record viu d'aquella nena que en sentia massa.

Quan soc a casa de la mare, encara hi ha les mateixes plantes al balcó; les mateixes que, de petita, van viure la tristesa a distància i rebutjaven el sol els dies més clars. Ara les rego amb la mateixa cura amb què intento regar-me a mi mateixa. De vegades, quan l'aigua cau sobre les fulles, m'imagino que també nodreixo totes les parts de mi que van quedar assedegades en aquells anys, totes les emocions que no vaig saber expressar i van quedar en l'oblit.

Aquella nena petita no portava una maleta plena de roba i joguines, portava un sac ple de records, olors i somnis que en el seu moment no van poder ser, però que, malgrat tot, amb el temps i amb molt de patiment, han anat arribant i els ha gaudit fins i tot més que si haguessin estat fàcils d'aconseguir. Ara entenc que estimar també és aprendre a deixar anar, i que de vegades la vida et demana créixer en silenci.

M'encantaria poder-la abraçar, dir-li que en un futur la mare estarà present en tots els malsons, les decisions més importants i fins i tot les esbrincades i els consells que la marcarien per sempre. Voldria explicar-li que a vegades, el fet que el sol no surti, ploqui o el dia sembli apagat, no vol dir que mai torni a sortir ni les flors tornin a brotar. El carrer dels avis deixarà de ser un sospir, les flors creixeran fins a la barana del balcó, escuraràs les postres més que ningú, però sobretot, arribarà la calma com menys s'ho esperi.

I que el seu cor, aquell cor dividit que no sabia on quedar-se, un dia trobarà la seva llar dins d'ella mateixa. Encara que ploquin els núvols grisos i ens facin enyorar el bon temps, en el fons som la veritat de tot el que ens ha passat i la sort de seguir aquí.

Cabellos al viento

Anònim

Era extraño. Mientras los vecinos salían a la calle a aplaudir como buenos samaritanos, mi hija y yo nos plantábamos delante de la tele a recibir la actualidad. Casi un acto de fe aunque las noticias cada día eran un poco peor. Hasta ese día de inflexión en el que la presentadora se mostraba desangelada en un plató casi vacío, el estilismo austero en un canal de primera y, sus cabellos... sus cabellos de color desgastado, sin forma ni identidad. Ahí fue donde me asusté de veras. Se estaba acabando el mundo, sí. Si algo a priori, considerado como banal ya no existía. La humanidad caía como moscas; las calles vacías, los pajaritos buscando comida en los vertederos y los vecinos sin parar de aplaudir. La cosa pintaba mal; era el final de una era. Ese día decidí no volver a ver las noticias. Una época de largas lecturas delante del fuego, mi hija, nuestros gatos y yo. En esas nuestras cuatro paredes había un 'je ne sais quoi' de jardín del Edén. El mundo desaparecía, pero en casa todo estaba ¿bien? Me dediqué entre muchas otras cosas a ondular el cabello de mi hija como si de una poesía lírica se tratara. Transportándonos ni que fuera de manera virtual a la moda que lucían las Cariátides en la lejana Atenas, podía imaginarlas mirando al mundo perplejas desde el Erecteion. Llené de flores los cabellos que tenía a mano y jugué a capturar instantes, momentos idílicos en un mundo que se tambaleaba peligrosamente.

La llamada de socorro de un amigo: mi padre ha muerto. Necesito cortarme el pelo. Me sumergí de repente en el Mediterráneo y al salir a tomar aire me pareció ver a Aquiles llorando amargamente por Patroclo después de que Héctor acabase con él. Aquiles corta sus cabellos y los deposita en la parihuela donde descansa Patroclo por última vez. Sí, durante años he sido

partícipe de ese modo que tenemos los humanos de afrontar el duelo, es algo orgánico, de hecho la mayoría de las veces no somos ni conscientes de ello. Cortarse el cabello, tal como Homero nos cuenta en su *Ilíada*, es un ritual antiguo. Casi un acto de fe y si él ya hace tantos años lo relata qué puedo añadir yo. Espectadora y ejecutora. En mis diecisiete mis sienes rasuradas y mi parte superior desafiando la gravedad también contaban una historia. La importancia de pertenecer a una tribu y todo lo que ello conlleva. Echo la mirada atrás y viajo hasta el oeste americano y los Sioux. Una vez, años ha, vinieron una comitiva hasta Girona, al Caixa Forum.

Quemaron salvia entre cánticos ancestrales y el jefe Yellow Bird decoró sus blancos y largos cabellos con plumas ocre. Plumas que he reproducido en casi todos mis cortes.

En mis diecisiete, las sienes rasuradas crecían, pinchaban, molesto e incómodo como lo es esa edad. Y cualquier metamorfosis. Mi cabello en esa época era negro y el negro, estaremos todos de acuerdo, es mas que un color. Y los colores siempre dicen más de lo que nos gustaría.

Echo de menos esa variedad de tribus que se paseaban por épocas lejanas, mod's, heavys, los punks con sus coloridas crestas estilo mohawk, rockabillys, los góticos antes llamados siniestros. Ahora todo me parece sota, caballo, rey. Las chicas con sus largas melenas al viento, los rizos ondeando libres y los chicos con sus degradados de serie, peligrosamente parecidos a esa etapa oscura de la Alemania Nazi. En la cola del súper, un día cualquiera, me encuentro con un amigo y señalando al chico, todavía imberbe con su degradado de moda, que está en la caja me dice: -¿Qué opinas? Contesto que da para una charla profunda fuera de allí ya que estoy segura que para él es sólo una corriente estilística del momento pero yo veo acidez de un claro auge de la extrema derecha. Esas construcciones sociales que se manipulan desde un lugar oscuro y que reptan por las ciudades convirtiéndose en algo peligroso. A lo largo del tiempo podemos identificar claramente las épocas sólo mirando los cabellos. Si vemos las ondas de Josephine Baker sabemos que estamos en los locos años veinte, con el tupé de Elvis los cincuenta han llegado, las melenas de Janis Joplin en los sesentas y los cabellos crepados de The Cure y Siouxsie también nos hablan sin decirnos palabras. Qué decir de la rigidez capilar de Hitler. Recuerdo cuando la ciencia ficción era sólo eso. Y ahora entre la incertidumbre climática, las guerras por doquier y esa bronca política constante me pregunto qué pensarían nuestros antiguos. Al final todo empieza en Grecia. Tenían esa teoría de que si algo no tenía nombre no existía. Eso es: dar nombre da vida. Ser más atentos y sólo nombrar lo que hace bien. Hay palabras que no deberían existir. Sí, naíf, lo sé. Pero, si viajamos hasta el 3.200 a.C. vemos los rostros sin rasgos de la era cicládica que son claramente la influencia de artistas como Modigliani.

Creo firmemente en la conexión de todo ello. En la manera en que nos presentamos al mundo. Delante del espejo. Ese Zeitgeist. Aún hoy. Y más Cabellos al Viento...

Cuando suba la marea

Anònim

A veces me siento perseguida por la nostalgia. Navega como una gran marea y me salpica la piel, sobre todo cuando cae la noche. Cuando cae el sol y entra la luna, me atosigan atisbos de un pasado que, ahora ajeno, un día fue muy, muy propio. Así que la nostalgia aprovecha y se me esconde entre los párpados, escalando hasta el final. Allí es cuando llega a mi corazón y activa miles de recuerdos. A veces son ráfagas, otras, náufragos. A veces son pasajeros, otras tripulantes. Se desvanecen y aparecen como el sol en un día entre nubes.

No sé si los controlo yo o se controlan ellos, pero aparecen agarrados muy fuerte de la mano de la nostalgia, como un crío que intenta cruzar la calle agarrado del brazo de su madre. A veces con emoción, otras con miedo. A veces en medio de un día feliz, otras veces en medio de días tristes.

Hay días en los que no esperas que aparezcan, pero lo hacen. Como cuando sales a la calle, y de repente, caen tres gotas del cielo, que no sabes si se trata de la lluvia no anunciada o de las gotas de la planta de alguna vecina, pero te han pillado en medio y solo te queda aceptarlas. Otros días son más bien como el pie que va justo a pisar un charco, sabiendo que te mojarás toda la bota, pero también sabiendo que merecerá la pena.

La nostalgia se me vuelve escurridiza y siempre acaba salpicando. Tanto, que consigue golpearme fuerte en el pecho. Ella sabe demostrarme que tiene el control y que posee mucho más que eso, porque da igual los recuerdos nuevos que yo le enseñe, ella siempre tiene un as bajo la manga que me recuerda que tiene mucho más que yo.

Ella todavía tiene mi bañador favorito que tanto usaba a los ocho años. Todavía guarda mi primer escrito, mis primeros recuerdos, mis antiguos amores, mis amigas de antaño. Ella todavía tiene nuevas anécdotas recientes que para mí son viejas. Sigue manteniendo ciertos sueños, sigue viviendo en la misma casa y todavía no le han quitado su canal favorito de la televisión. Por eso siempre digo que la nostalgia sabe recordarme, ella a mí. Porque es traicionera y salvaje, pero a la vez, es como la lluvia que despierta en plena sequía.

Después de tanta cal, me deja un trocito de arena, donde en medio de su marea, me concede otro baile. Me deja volver a mi antiguo pueblo, a acariciar a mis perros, a saltar a la comba y a recordar cuánto he vivido y cuánto me han querido. Por eso me digo que la nostalgia, aun con su lado oscuro, también me deja recordar buenos momentos.

La nostalgia también me recuerda dónde nacieron mis anécdotas, cuándo descubrí mi plato favorito y cuándo aprendí a nadar. Me deja volver al último abrazo, a revivir las risas y a sentirme tan viva como en aquel entonces. Porque la nostalgia, aun siendo traicionera y salvaje, también sigue siendo mi más fiel amiga. Será que por eso siempre la dejo volver, porque sé que aunque me puede matar, estoy dispuesta a morir por ella.

Diaris

Anònim

Créixer

He tornat a desaparèixer tres cops aquesta setmana. M'he dissociat amb TikTok i Instagram unes cinquanta vegades. He begut dos gintònics, més de cinc cerveses. M'he mossegat les pells dels dits. He tocat l'omnichord i el piano. He plorat perquè vull estar més prima. Perquè ella no m'ha escrit.

He acabat a la sala Taro i he sentit que viuré per sempre. Que tots moriran, però potser jo no. Segurament Sylvia Plath, amb vint-i-sis anys, hauria jurat que no ficaria el cap al forn. En aquest sentit, el cap de setmana m'he sentit més identificada amb «*Girls just wanna have fun*» que amb «Una habitació pròpia». Potser perquè he viscut a més de quinze cases i no tinc un niu on tornar.

No sé si és cosa dels vint o de viure a Barcelona, però quasi totes les modernes em semblen millors que jo. Perdré algun dia aquestes inseguretats? Ara que m'apropo als trenta, inevitablement, començo a veure les coses amb els ulls de mon pare. Detesto als *hippies*, als qui viuen com volen, als qui mengen amb la boca oberta, als que mengen els sòlids amb cullera.

És això fer-se gran, mirar enrere i dir: «Quinze anys han passat?» «Llavors, quina edat tinc?» És sentir l'èxit com a fracàs. És, probablement, aprendre a conviure amb el malestar de ser un mateix. Encara que faci vergonya. Obrir-se els budells, vomitar sang i després fregar la cuina, com acceptant que potser una està boja però que era inevitable.

Començo a escriure't aquesta carta:

Barcelona 15 de novembre de 2025

Hola, com estàs?

Últimament, penso molt en el disc de l'Antonhi *I Am A Bird Now*, quan encara era Antony and the Johnsons.

Un disc que parla de transcendir el gènere, però que allà pel 2005 no enteníem a casa —potser perquè era en anglès o perquè no sabíem què significava realment: «*One day I'll grow up, I'll be a beautiful girl, but for today I am a child, for today I am a boy.*»

Penso que l'Antonhi, com jo, no té un niu on tornar. «Encara que ara sigui un ocell.»

Què va sentir una tia de trenta-quatre anys fent un disc a Los Angeles, amb uns pares que no l'han comprès, parlant de transgènere i de la por de morir sol? (...). Ara que ja en té 52, sentirà les mateixes coses?

(...) Estem a mitjans de novembre, i sembla que tot s'arregla —sabent que tot es tornarà a rompre—. I, com va dir el pare de Leira Guerriero: «Quin sentit té viure només per estar tranquil?».

[Però no te l'envio, mai t'enviaré res].

Fer-se gran és fer renúncies, veure els pares com a persones, imaginar-se'ls de joves mentre sona de fons What's Up de 4 Non Blondes. No tinc tan clar, si fer-se gran és queixar-se de que se t'han colat o aprendre a callar.

És poder viure amb els semitons, els colors pastís, el record de l'àvia. Conviure en aquell lloc on mai ens abracen. És fixar-se en la vorera de Sitges. El sabor del clau. Pensar que era el comú múltiple divisor i atrevir-te a dur unes botes de canya alta.

Nostàlgia

Barcelona, 13 de Gener de 2026

Bon any. Com estàs?

[Aquest correu ja és una ficció que he creat amb mi mateixa, de la qual mai t'assabentaràs. Estic verbalitzant la meva bogeria i em fa sentir bé].

Creus que podries dir-me quin és el disc que més has escoltat a la teva vida? El meu és *Un día en el mundo*, de Vetusta Morla. Sens dubte. Van trigar deu anys a acabar-lo. És un disc excepcional, de veritat.

Recordo els viatges en cotxe a Dénia mentre sonava la pista 4: *Copenhague*. Tenia quinze anys i era el disc per excel·lència al cotxe. Era de la poca música que alçava ponts entre la parella del meu pare, la seva filla, ell i jo. Jo era una «*Alicia sin ciudad*», i suposo que ells per mi també ho eren.

I és que el millor de la música és que no has de parlar, no has de tenir aquestes converses incòmodes d'infant/adult: «*Què tal l'escola?*», «*Què tal les notes?*». Amb respostes evasives.

Segurament no coneixeràs aquest disc i, encara que l'escoltessis, mai sentiries el mateix que jo, perquè a mi aquest disc m'ha acompanyat tota la vida. En la nena rebel o l'adolescent complicada. M'ha acompanyat en trajectes de carretera, viatges d'avió i interminables hores de tren.

Els versos de les seves cançons quasi em flagel·laven: «*El valor para marcharse, el miedo a llegar*». Entre ciutats, hi havia una valentia invisible en sortir al món, per una nena que no pertany enlloc. «*En otro tiempo, en otra ciudad*».

N'hi ha una abstracció literal recurrent les lletres d'aquest album on sempre connecto. Bé, jo, i tots els *indies* de *Radio3*. Precisament hi connecto perquè el meu món imaginari sempre m'ha agradat més que la vida real. I a qui no?

(..) De cop tot esclata a la pista 2: *Sálvese quien pueda*.

Trobo a faltar la inconsciència. La d'anar en bicicleta amb la Sol, «liar-me» un cigarro, dormir al carrer les nits d'estiu per tal de sortir de festa. Ara és massa tard, ja sabem que el mal existeix.

He estat tots aquests anys obsessionada amb el temps, amb la sensació al cos de fer tard per tot. On anirà a parar el nostre temps? Si pogués demanar un desig només voldria que res canviés. Que els carrers del Carme continuïn permanents. Les Torres de Quart, amb els forats dels canons, intactes.

Vetusta canta:

«*Hoy no he buscado a nadie, llevo días buscándome yo*», «*En los libros me encuentro mejor*». Intento aturar el temps, sense èxit.

Sense saber-ho, la vida es resumeix una mica en aquest disc, no?:

Pista 1: *Autocrítica*,

Pista 2: *Sálvese quien pueda*,

Pista 3: *Un día en el mundo*,

Pista 9: *Año nuevo*.

I de cop, com a *Copenhague*, m'hi trobo «*Huyendo de espejismos y horas de más*».

Ja no em reconec, ja no reconec a ningú davant dels miralls que ens envolten. Però faig cas al sonet de Quevedo, i em faig la promesa mentre canta el Manzanita:

«*Tras arder siempre, nunca consumirse y tras siempre llorar, nunca acabarme*».

Dues persones, un reflex

Anònim

Vaig néixer amb un mirall a sa mà. Em vaig fixar per primera vegada als quatre anys, o així ho record, com no l'havia vist abans? Era increïble. Podia veure es meus ulls, es meu nas, sa mea boca, es meus mateixos moviments, era maquíssima. Érem iguals.

Als cinc anys em vaig tornar a mirar, no havia canviat res. Als sis tampoc. Tothom m'ho deia.

Als set, em vaig adonar que es reflex davant meu era més alt, podia ser cert?

Després d'allò no em vaig tornar a mirar en uns quants anys, no li veia sa importància. Passava algo si ja no m'hi pareixia? Per què m'insistien? Per què només s'interessaven quan érem ses dos? Acàs jo no era suficient? Tothom al meu voltant pareixia fascinat per sa semblança que mostrava quan em mirava al mirall, al meu mirall especial. No volia parlar-hi més, odiava el tema; i pareixia no importar-li a ningú.

Als dotze començava a no reconèixer sa cara que havia estat mirant-me de volta tots aquests anys, es mirall estava trencat? Em vaig asustar, no era culpa seua, no era culpa mea. Per què ja ningú remarcava ses nostres semblances? Ja no érem especials? No brillàvem prou? Qui érem?

Vaig adonar-me que ja no érem sa mateixa als ulls dels meus pares. Jo pensava que no érem tan diferents, no era ella es meu reflex? Així m'ho havien dit.

Per què l'estimaven més? És perquè era més callada? Més educada? Per què no a jo? Parlava massa? Els avorria la meva companyia? Per què s'enfadaven tan sols amb mi? Acàs no la veien?

Havia de canviar?

Tothom em deia que estava boja, que ens seguien tractant igual. No ho veia així, no estava boja. No ho estava.

Amb el pas del temps, vaig intentar no odiar a sa cara que era tan similar a sa meua, a sa persona que em trobava a davant cada dia. Però com no fer-ho? Com no enfadar-me? Com no tenir enveja quan davant tenia un exemple del que podria ser? O fer millor?

O del constant recordatori, comparació i competitivitat que portava sa meua ànima bessona?

A partir dels setze, vaig decidir finalment que no em miraria més es meu reflex, havia d'aturar aquella obsessió d'intentar tornar al passat. A aquells dies quan érem iguals. Perquè no ho érem, ja no. Ho havíem set mai?

Preguntes m'atabalaven es cap. Quan havia començat a construir sa meua pròpia identitat? I sa seua? Quan es va trencar es meu mirall? Ella també estava patint per ses nostres diferències? Trobava a faltar sa nostra connexió també?

No record quan va obtenir sa seua pròpia veu. Quan es reflex va cobrar vida i vam començar a viure vides separades. Va ser un regal i una maledicció. A dia d'avui em costa admetre que estem prenent camins diferents, que els amics nous mai podran veure com érem una ànima compartida, una mateixa imatge, una mateixa identitat. No veuran es reflex que m'ha construït com a persona.

Però he acceptat que jo i sa meua germana bessona ja no som ses mateixes. Que podem brillar per separat, i que no podrem tenir sempre sa mateixa direcció, que ses seues motivacions no són ses meues i que ses meues lluites no són ses seues.

Finalment, deixo anar es mirall, que d'alguna manera, em seguirà per sempre.

Passa davant la cafeteria on esmorzo, empenyent un cotxet. Un home jove com aquell, passades les nou, segurament porti el nen a casa dels avis. Aquesta hipòtesis, és la que considero més plausible, tot i que la meua imaginació es dispara i obre un ventall tan gran de possibilitats, que decideixo desenvolupar-les.

Aquell noi amb barba, no gaire alt i vestit de manera molt clàssica, aparenta ser a la trentena, cosa que em fa pensar que al cotxet hi duu el seu primer fill. (Obro un parèntesi: quan sec sola en una taula, practico l'art d'observar la gent que m'envolta; de vegades n'imagino una vida amb molts matisos a risc d'equivocar-me, tot i que alguna vegada dec encertar practicant aquest joc inofensiu).

Del subjecte que m'ocupa, en diré Oriol perquè ni pertany a la meua generació de Joseps, Joans, i Peres, ni a l'actual de noms curts i exòtics com Iu, Kai, Ot o Ral. Així doncs, per què l'Oriol passeja amb un cotxet a un

quart de deu del matí, pels carrers de l'Eixample gironí? Qui passeja és nena, nen o altra com en diuen a les xarxes quan pregunten el sexe? Jo en diré «la criatura» perquè pensant-ho millor, darrerament s'ha posat de moda passejar el gos també en un cotxet.

Primeres situacions que mentalment visualitzo:

Porta la criatura a cals avis o a l'escola bressol d'horaris flexibles; en ambdós casos gaudeix del permís de paternitat? Treballa des de casa, no treballa o els seus horaris són tarda/nit. En qualsevol d'aquests supòsits es creen noves incògnites: és seva la criatura o n'és el cangur? I si n'és el segrestador i es dirigeix a un locutori per fer una trucada demanant-ne el rescat? A Netflix hem après que la gent més perillosa sol ésser la més anodina: el veí, la caixera o el cunyat, que durant anys ha amagat cadàvers al soterrani...

I si estan rodant un anunci de la casa Prenatal? L'Oriol en seria el protagonista perfecte amb la seva imatge de gendre ideal que sol ser l'equivalent del marit més avorrit del món mundial.

Tornant a la idea més bàsica, i considerant-lo el pare de la criatura, aleshores és hetero o homosexual? Família monoparental o parella? Ha procreat de manera natural?

O es tracta d'una de les mil possibilitats de crear una família actualment? Potser l'adopció, la inseminació, el ventre de lloguer, l'acolliment...

De sobte me n'adono que també podria anar a urgències per un episodi de febre o còlics per no parlar d'un cas de més gravetat.

No descarto que l'Oriol treballi en una empresa sueca, d'aquelles que tenen molta cura del personal, permetent-los portar els nens a la feina, com també les mascotes.

Vaja, el te és ben fred. Tot i que aquesta història no tindria fi, la deixaré aquí. A veure qui passa ara...

El dia que tot va canviar

Anònim

Mai oblidaré aquell dia; La meva mare em va cridar des del menjador amb un to diferent, més seria, més lenta de l'habitual. Jo ja sabia que feia setmanes que es feia biòpsies, anàlisis..., però de totes formes pensàvem que seria un quist sense importància, un fet que aviat oblidaríem.

Quan es va asseure davant meu i va dir la paraula «càncer», vaig sentir que l'aire escapava de l'habitació. No recordo què vaig dir exactament, només recordo que em vaig posar a plorar; Ella, en canvi, es va mantenir ferma i tranquil·la com si volgués protegir-me inclús en aquell moment. Tenia quaranta-vuit anys i jo només dinou, no sabia res d'hospitals, de tractaments diagnòstics; només sabia que la vida acabava de canviar per a la nostra família.

Vaig plorar, però realment sabia que ho superaríem. No sabia com, ni quan, però estava convençuda que la meva mare era més forta que qualsevol malaltia, potser era la meva manera de protegir-me de la por: creure, sense dubtar, que tot sortiria bé.

Aquell dia va ser el començament d'una etapa que mai havia pensat que viuria tan jove. Entre elles, hospitals, sales d'espera, paraules amb tecnicismes, decisions difícils i sobretot emocions que no sabia gestionar. Però també va ser l'inici d'un aprenentatge sobre l'amor en totes les seves versions, la paciència i la fragilitat de la vida. Un aprenentatge que em serviria per sempre més en diferents situacions, i que, malgrat ser una experiència un pèl traumàtica, em serviria per espremer-la al màxim.

La por

Els dies després del diagnòstic van ser una barreja entre silenci i soroll, silenci a casa, perquè ningú sabia ben bé que dir, tenia por no només de la malaltia, sinó de tot el que no entenia: els noms, les proves, les operacions, el tractament. Era com estar en un país desconegut, però que, a poc a poc, aniria descobrint.

La meva mare intentava mantenir-se forta, o almenys ho fingia. Sempre estava feliç, parlava amb normalitat, però, tot i això, jo la veia diferent.

A vegades, quan creia que no la veia, es quedava mirant al no res i callada; jo en aquest sentit també em feia la forta sobretot per la meva germana petita, l'Emma, que encara no ho sabia, però quan li vàrem explicar, ella ben bé no sabia que era la malaltia ni que volia dir la paraula càncer, però més endavant ja sabia què volia dir aquesta afecció.

Recordo les primeres cites mèdiques, les esperes en l'hospital, l'olor d'hospital, les seves sales, la sensació de que tot era urgent, però que ningú t'ho explicava clar. Els metges utilitzaven paraules tècniques, i la meva mare assentia; no obstant això, després a casa ens miraven sense entendre del tot el que havien dit.

No saber que passaria, no poder planejar res, viure amb aquesta sensació constant que alguna cosa podia empitjorar, era molt dur. Jo em sentia atrapada entre l'esperança i la por. Una part de mi repetia que tot sortiria bé.

Va haver-hi nits que m'imaginava els pitjors dels escenaris i la solució era buscar a internet, però la veritat acabava estant més espantada, i tot i així, també havia escoltat històries de dones que ho havien superat, llavors, és quan vaig entendre que cada història és diferent i que cap pàgina web em diria que passaria amb la meva mare.

Doncs així, amb aquesta malaltia vaig aprendre a conviure amb la por, a vegades es feia més petita, per exemple quan arribaven bones notícies, o quan els metges deien que tot aniria bé, i unes altres, aquesta por creixia, quan la veia cansada o callada. En mig de tot aquest caos vaig descobrir que la por no em feia més dèbil sinó més forta i més humana, sobretot a la meva mare que era qui més por tenia.

Les tres operacions

La primera operació havia de ser més senzilla del que semblava, els metges parlaven d'un quist sense importància, sense complicacions, una intervenció menor, aviat pensàvem que tornàriem a la normalitat.

Aquella operació es va convertir en el descobriment d'una massa tumoral més gran, més profunda, més real. Va ser doncs, quan vaig entendre que això anava més enllà del que creiem. I tot i que la meua mare intentava ser forta, la seua mirada va canviar, ja no només era preocupació, era por, era cansament, era la sensació que el seu cos estava fallant sense saber el per què.

Dies després va venir la segona operació. Aquesta vegada els metges parlaven amb més prudència amb frases que sonaven tranquil·litzadores, però que en el fons amagaven la gravetat de la situació. Cada operació, per a la meua mare era un impacte emocional molt dur. Tot i això, encara faltava la tercera operació que va ser la més dura, la meua mare estava esgotada, tant físicament com emocionalment, el seu cos ja no responia igual; Malgrat tot, ella sempre em deia i em diu actualment «això passarà filla». Jo la mirava i em preguntava d'on treia tanta força. I tot això acabava de començar, ja que quedava tot el tractament.

Amb això vaig aprendre que les cirurgies no només et deixen cicatrius físiques sinó també emocionals. Les revisions constants, els resultats, tot es converteix en un cicle de por i esperança a la vegada. Per a mi, el més important és demanar ajuda psicològica, tant per al pacient, com per als familiars. No és una debilitat admetre que en molts casos no es pot amb tot, hem de cuidar al pacient, però també nosaltres, perquè els del voltant també ho vivim. Aquesta malaltia és dura, llarga i cruel, i arriba sense manual d'instruccions.

El pes del tractament i la fragilitat de la ment

Poc després de les operacions, va arribar el tractament, que va ser el desert que havíem de creuar sense saber on era l'oasi. La quimioteràpia, no només va atacar les cèl·lules dolentes de la meua mare, sinó que va anar minant, a poc a poc, la persona que ella era.

La convivència a casa es va tornar insuportable. Aquella dona forta i protectora del primer dia, va donar pas a una persona irritable, impacient i, a vegades incapaç de reconèixer. Tot el que fèiem els de casa estava malament: si cuinàvem una cosa no li agradava l'olor, si estàvem en silenci molestava, i si parlàvem, la cansàvem. En molts moments, era com si s'hagués convertit en una nena petita, vulnerable però exigent, que descarregava tota la seua frustració amb els que més l'estimàvem.

Més tard, va ser quan vaig entendre, que no era ella qui ens parlava malament; era la seua por i el seu esgotament mental. La malaltia l'hi estava robant el control de la vida i l'única manera que tenia de reaccionar, era a través de la ràbia.

El moment més crític va ser quan li van baixar les defenses i va haver de quedar-se ingressada a l'hospital, jo aquell dia estava treballant al Mercadona i em vaig assabentar per una clienta, amiga de la meva mare, que es quedava ingressada. No sabia ni com ni el per què, només estava espantada i les següents hores treballant de cara al públic, sense poder parlar amb el meu pare, van ser angoixants, estava molt nerviosa i a la vegada trista perquè sabia que la por que tenia la meva mare es multiplicaria en aquell moment.

Per protocol o per seguretat, es va quedar sola, sense visites i sense televisió, tancada entre quatre parets blanques. Aquella solitud va ser devastadora per a la seva salut mental. Ens trucava angoixada, i nosaltres, des de l'altre costat del telèfon, sentíem una impotència que ens trencava per dins. Va ser llavors quan vaig veure clarament que el càncer no només és una batalla del cos, sinó una guerra psicològica on l'ànim és el primer que intenta destruir.

El ressò de la batalla i el valor de la vida

Han passat uns mesos des que la meva mare va acabar l'última sessió de radioteràpia. El silenci de les màquines ha donat pas a una nova normalitat, però el camí encara és feixuc. Sovint veig la meva mare cansada, amb una fatiga que li pesa als ossos; és el preu de la supervivència. El tractament és tan devastador que, en l'intent de matar el que és dolent, s'emporta també gran part del que és bo: l'energia, la vitalitat i la força.

Ara sabem que l'hi queden cinc anys de pastilles i controls constants, cada revisió serà un nus a l'estómac, però amb l'esperança que, si tot va bé, aviat podrem dir la paraula «neta» com em va dir una amiga i companya de classe.

Aquesta experiència m'ha ensenyat que el càncer no hauria de ser un tema tabú, N'hem de parlar, hem de demanar més investigació, més recursos i més suport emocional. Però, sobretot, m'ha ensenyat a mirar a la vida amb uns altres ulls. Ara sé que la fragilitat ens fa humans i que cada dia «normal» com anar a classe és, en realitat, un regal extraordinari.

No puc tancar aquest relat sense mirar al voltant. Mentre nosaltres celebrem aquesta treva, el meu cor és amb la mare de la meva millor amiga i qui era molt amiga de la meva mare, que fa menys de dos anys ens va deixar per culpa d'un tumor cerebral. El seu record és un homenatge a totes aquelles persones que han lluitat amb la mateixa valentia, però que no han tingut el mateix desenllaç. La seva absència ens recorda que la vida està present a les nostres mans i que no podem deixar per demà les paraules d'amor que sentim avui.

A la meva mare, per la seva força invisible. A les que hi són i a les que han marxat, gràcies per ensenyar-nos què significa viure.

El portal

Anònim

Va despertar-se paralitzada i suant. Li passa cada nit. L'ansietat a lo desconegut l'assetja cada dia, no dorm, no menja, no viu. Decideix aixecar-se i sortir al balcó, la fredor de la nit la fa tremolar i congela els seus pensaments per un moment. Però un soroll la torna a la realitat, a la seva por, que li accelera de forma sobtada el cor. Només escolta els seus batecs, tan forts que l'ensordeixen. Tot i la por, torna al llit per provar de dormir un altre cop.

Porta sense sortir de casa des de fa mesos, ha perdut la conta, però sap que en fa bastant, i que la por que sentia abans, ara és superior a ella mateixa, supera tots els altres àmbits de la seva vida, o la poca que li queda.

Somia cada nit amb el mateix, i això l'angoixa cada vegada més. Sense sortir de casa s'imagina els escenaris de possibles accidents que la poden matar, i no eren els escenaris ficticis del seu cap el que temia, era la mort. Què era realment?, on aniria quan morís?, li faria mal? Seria conscient del que passava? No podia respondre les seves preguntes i tot i fer-se-les cada dia no trobava una explicació que la tranquil·litzés.

La seva preocupació ha passat a ser una obsessió, que la mata per dins i no la deixa en pau.

Els somnis recurrents la porten a visions sobre totes les morts possibles, somia que mor per un incendi a casa seva, que li agafa un atac de cor, o una malaltia estranya la menja per dins sense saber-ho.

Hores després de donar-li voltes comença a pensar que la vida que tant guarda es pot acabar en qualsevol moment, però, que si no li fa alguna cosa serà com haver mort fa temps.

Decidida, surt del pis, li tremolen les cames i li suen les mans. Baixa les escales lentament, i en arribar a la porta vella del carrer torna l'ansietat. L'obra a poc a poc i en sortir del portal, tot es torna negre, tal com havia imaginat milers de cops. La seva por es va tornar realitat. I potser per fi sabia el que se sent.

El regne dels objectes oblidats

Anònim

Quan en Juli va obrir l'armari del rebedor, no buscava res en especial. Només volia comprovar si encara hi quedava aquell paraigua coix, el blau cel amb una taca de rovell que feia anys que no utilitzava. Però, en estirar-lo, l'armari es va obrir més del compte, com si les frontisses haguessin decidit rendir-se, i una llum tènue —una mena d'alè daurat— en va sortir de dins.

En Juli va parpellejar. Primer va pensar que era un reflex de la finestra, però la llum no venia de fora: venia de molt més endins, com si algú hagués encès un fanalet al fons d'un túnel. I, sense saber per què, va fer una passa endavant.

L'armari es va estirar i aixamplar al seu voltant fins a convertir-se en un passadís estret, amb parets fetes de fusta vella i perfumades de trementina i pols. No va retrocedir. De fet, feia temps que no tenia res interessant a la vida i va decidir seguir endavant.

Després de deu o dotze passos, el passadís va desembocar en un prat petit il·luminat per una lluna que semblava feta de paper d'estany. A terra, els brins d'herba eren filferros prims i sinuosos, i les flors semblaven fetes amb taps de suro i botons desparellats.

—Benvingut al Regne dels Objectes Oblidats —va dir una veueta aguda.

Davant seu, un personatge menut, que li recordava al seu jo de la infantesa, el mirava amb ulls brillants.

—Jo sóc Monuc, el guia dels qui arriben. I tu?

—En... en Juli, crec.

—Ah, sí —va dir Monuc revisant un quadern de fulls groguencs—. Et teníem a la llista. Fa dies que els teus records truquen a la porta.

En Juli va obrir la boca per replicar, però un formigueig li va recórrer la memòria: les claus que havia extraviat feia uns mesos, la bufanda preferida que mai més havia trobat, els rellotges que no reparava... però també els aniversaris que ja no sabia situar en el calendari, la veu de la mare cantant-li abans de dormir, la sensació del primer amor d'institut que ara només recordava com una olor fugaç de colònia barata.

—Vine —va dir Monuc—. Tot això és teu, encara que ho hakis enterrat sense voler.

A mesura que caminaven, el prat donava pas a un mercat desendreçat i encantador. Hi havia parades de mitjons desaparellats que conversaven entre ells, rellotges aturats que discutien sobre quin era l'hora correcta..., però també de records trencats: rialles que ja no sonaven, promeses que mai no van arribar a fer-se realitat, projectes que havien mort abans de començar. També hi havia tasses esquerdades, rellotges aturats... i entre tot aquell caos, un vell gos de peluix, amb una orella més llarga que l'altra, el mirava amb ulls de vidre que semblaven humits.

—Aquest... —va començar a dir en Juli, amb un nus a la gola.

—El vas abandonar —va confirmar Monuc—. El dia que vas decidir que ja no necessitaves abraçar res per espantar la foscor.

En Juli el va agafar. La seva textura el va transportar de cop a la seva antiga habitació: les persianes mig abaixades, l'olor de goma d'esborrar, el pare recolzant-se al marc de la porta per escoltar si ja dormia. Records senzills. Records que feia anys que ningú no pronunciava.

—No només és un país d'objectes, saps? —va dir Monuc, més suau—. Aquí també hi reposen instants. Pensaments. Somnis que vas guardar tan al fons que fins i tot vas oblidar que existien.

En Juli va empassar saliva.

—Per què he vingut aquí?

Monuc va tancar el quadern amb un soroll sec però no pas hostil.

—Perquè el Regne està ple, Juli. I avui t'ha tocat triar. No pots recuperar-ho tot... però tampoc has d'abandonar-ho tot per sempre.

El guia li va somriure amb una ombra de tristesa.

—Aquesta nit hauràs de decidir què vols recordar... i de què et vols acomiadar.

En Juli va mirar al seu voltant amb una sensació estranya, com si hagués entrat en un lloc que sempre havia existit però que mai no havia sabut anomenar. El mercat s'estenia molt més enllà del que els seus ulls podien abastar, amb carrerons estrets que semblaven canviar de lloc cada vegada que parpellejava. Cada parada tenia una olor diferent: pols antiga, colònia infantil, paper humit, metall rovellat... i alguna cosa més intangible, com l'aroma d'un record a punt d'esvaire-se.

—Tot això no desapareix? —va preguntar finalment—. Vull dir... si jo ho he oblidat, no hauria d'haver-se esborrat del tot?

Monuc va negar lentament amb el cap.

—Els records no desapareixen així com així. Es queden a mig camí. Massa febles per viure amb tu, però massa teus per morir del tot. Aquí és on venen a parar.

Van passar per davant d'una parada on hi havia caps de sabates obertes. A dins, no hi havia res que es pogués tocar: només petits fragments de llum tremolosa. En Juli es va aturar davant d'una d'elles. En mirar-la fixament, va sentir una riulla que li va resultar dolorosament familiar. Es va veure a si mateix, molt petit, corrent pel passadís de casa mentre la mare fingia que no el podia atrapar.

—Això... això és real? —va murmurar. —Ho va ser —va dir Monuc—. I, en certa manera, encara ho és.

Més endavant, una altra parada mostrava papers plegats amb molta cura. Monuc en va agafar un i el va desplegar: era un dibuix fet amb ceres de colors, una casa desproporcionada amb fum sortint de la xemeneia i quatre figures agafades de la mà.

—Volies ser arquitecte —va dir el guia sense mirar-lo—. O potser només volies construir un lloc on tothom s'hi sentís segur.

En Juli va notar com se li encongia el pit. No recordava haver pensat mai en ser arquitecte, però el dibuix li va fer entendre que, en el fons, aquell disseny havia estat menys sobre edificis i més sobre permanència.

—No ho vaig triar conscientment —es va defensar—. Simplement... va passar.

—Sempre passa així —va respondre Monuc—. Els oblidats no solen ser una decisió clara. Són silenciosos. Es van fer mentre mires cap a una altra banda.

Van arribar a una placeta més ampla. Al centre hi havia una font seca, plena de monedes rovellades. Cada moneda tenia gravada una paraula: demà, ja ho faré, quan tingui temps, no és tan important. En Juli va reconèixer aquelles paraules com si fossin pròpies, dites amb la seva veu en moments diferents de la vida.

—Aquestes són les pitjors —va dir Monuc—. No fan soroll quan cauen, però pesen molt.

En Juli va seure a la vora de la font. Per primera vegada des que havia entrat al Regne, va sentir cansament. No físic, sinó d'aquell que s'acumula després d'anys d'anar deixant coses enrere sense mirar-les gaire.

—Si m'ho emporto —va preguntar—, tornarà tot a ser com abans?

Monuc el va observar amb una expressió que no era ni compassiva ni severa.

—No. Els records no funcionen així. No són portes que es puguin tornar a obrir sense conseqüències. Recordar també fa mal, Juli. Per això molts prefereixen oblidar.

El gos de peluix va tornar a aparèixer, ara assegut al seu costat. En Juli li va passar la mà pel cap, gairebé sense adonar-se'n.

—Això també ho hauré de triar? —va dir, amb veu baixa.

—Sí —va respondre Monuc—. Però no només entre objectes. També entre versions de tu mateix. Entre el que vas ser, el que pensaves ser i el que has acabat sent.

Una campana va sonar a la llunyania. No era un so fort, però va ressonar per tot el mercat, fent tremolar lleument les parades. Alguns objectes es van moure, inquietes, com si pressentissin alguna cosa.

—El temps aquí no és infinit —va dir Monuc tancant de nou el quadern—. El Regne t'ha obert la porta, però no et pot retenir per sempre.

En Juli es va aixecar. Va mirar el mercat un cop més, conscient que cada pas que feia el separava i l'apropava alhora a alguna cosa que encara no sabia definir.

—No sé si estic preparat —va admetre. Monuc va somriure amb una tristesa suau, gairebé tendra. —Ningú no ho està mai. Però recordar no és tornar enrere. És decidir què carregues amb tu quan continues caminant.

Van començar a avançar cap a un camí estret que s'obria al fons del mercat, flanquejat per fanals petits que il·luminaven fragments de records com si fossin estrelles caigudes. En Juli va respirar profundament, amb la sensació que el que estava a punt de viure no consistia a recuperar el passat, sinó a mirar-lo als ulls per primera vegada.

El camí s'anava estrenyent a mesura que avançaven. Els fanals eren cada vegada més escassos, i entre un punt de llum i el següent s'estenia una foscor tranquil·la, no amenaçadora, com la que hi ha just abans d'adormir-se. En Juli va notar que els records que portava dins —els que havia tocat, els que havia sentit— no pesaven tant com s'havia imaginat, però sí que ocupaven espai.

Al final del sender, van arribar a una porta senzilla, feta de fusta clara, sense pany ni pom. Davant seu, una taula baixa sostenia una capsa oberta.

—És aquí —va dir Monuc—. El que hi deixis, quedarà aquí. El que no... tornarà amb tu. No intacte, però viu.

En Juli va mirar dins la capsa. No estava buida: hi havia el gos de peluix, el dibuix de la casa, una rialla feta de llum tremolosa, una moneda amb la paraula demà. Tot allò que havia reconegut com a seu. Va agafar la moneda. La va fer girar entre els dits.

—Sempre pensava que tindria temps —va dir—. I mentrestant, el temps feia la seva feina. La va deixar dins la capsa.

Després va agafar el dibuix. El va mirar una última vegada, amb un somriure trist, i el va tornar a plegar amb la mateixa cura amb què algú guarda una carta antiga. També el va deixar.

Quan va arribar al peluix, però, es va quedar quiet. El va abraçar, breument, com si no volgués allargar aquell gest per por que se li trenqués alguna cosa a dins.

—No puc tornar a ser qui era —va dir en veu baixa—. Però tampoc vull oblidar per què era així.

Va mirar Monuc.

—Això... m'ho puc endur?

El guia va assentir.

—No com abans. Però com a record. I això, a vegades, és suficient.

En Juli va tancar la capsa. En fer-ho, el Regne va semblar respirar. Els fanals es van apagar lentament, un rere l'altre, i el mercat va començar a esvaïr-se, no com si desaparegués, sinó com si tornés al lloc d'on havia vingut.

—Ens tornarem a veure? —va preguntar.

Monuc va somriure, amb una tristesa suau.

—Només si tornes a oblidar qui ets.

La porta es va obrir sola.

Quan en Juli va travessar-la, va sentir una lleu pressió al pit, com un sospir llargament contingut. I, de sobte, es va trobar dret al rebedor de casa seva, amb l'armari tancat davant seu i el paraigua blau encara a la mà. Tot semblava igual. Potser massa igual.

Va deixar el paraigua al seu lloc i es va asseure uns segons al banc de l'entrada. Notava una absència estranya, però no buida. Com un espai net.

Aquella nit, abans d'anar a dormir, va buscar una capsa al fons d'un calaix. Hi va guardar el gos de peluix. No per amagar-lo, sinó per saber on era. I mentre apagava el llum, en Juli va tenir la sensació —lleu però clara— que, per primera vegada en molt de temps, no estava perdent res. Només estava aprenent què valia la pena conservar.

El silenci com a herència

Anònim

Vaig néixer a Espanya, però la meva història comença molt abans, en altres ciutats, altres rituals i altres silencis. Els meus pares van creuar un mar portant a les butxaques més records que objectes, més esperances que paraules. I en aquest trajecte, gairebé imperceptible però profund, van portar també el silenci que havien heretat dels seus propis pares. Un silenci antic, pesat i, alhora, protector.

A casa, jo creixia envoltada d'aquesta mena de quietud que ho sosté tot sense fer soroll. El silenci no era només l'absència de veu: era una manera d'habitar el món. Quan penso en els meus primers anys, els recordo com un mosaic de petites escenes: la veu suau de la meva mare, plena de gestos; els ulls del meu pare, que deien més del que pronunciaven; els caps inclinats quan es tractaven temes delicats. Tot això era el meu primer idioma.

I, tanmateix, al carrer, la vida era diferent. Les paraules flueixen a Espanya com un riu a ple cabal. Els nens expliquen tot el que els passa, les mares parlen entre elles sense filtres, els adolescents confien secrets com si res. Jo, acostumada al llenguatge subtil de casa, observava tot aquell moviment amb una curiositat immensa.

Era com tenir dues veus dins meu: una que volia parlar amb naturalitat i una altra que em recordava que no tot s'ha de dir.

Casa meva: on el silenci té arrels

Hi ha una imatge que sempre em torna. Són les tardes d'hivern, quan el vent bufava fort i el món semblava més petit. La meva mare preparava te de menta, i la casa s'omplia d'una olor que sempre relaciono amb refugi. Jo me l'imaginava com un ritual sagrat. El vapor pujava com una pregària silenciosa, i al voltant de la taula s'assentaven converses mig dites.

Si algú de la família tenia un problema, el seu nom no sortia gaire. «Que Déu l'ajudi», deia algú, i la resta assentia. Tot el dolor quedava suspès en aquell assentiment. Ningú no ho explicava amb detall, perquè fer-ho era gairebé com despertar-lo, com fer-lo més real. La paraula té poder, sempre m'ho havien dit. I jo ho creia.

També recordo les històries de la meva àvia, que explicava poc però mirava molt. Quan algú parlava massa d'una alegria —d'un projecte, d'un amor, d'un futur que brillava massa—, ella aixecava la mà amb delicadesa i deia: «Baixa la veu, filla. La fortuna s'espanta.»

I jo em preguntava com podia ser que la sort fos tan sensible a les paraules. Amb els anys, vaig entendre que no es tractava només de creure o no creure en el mal d'ull. Era una manera d'ensenyar-nos a respectar el que és fràgil.

Les il·lusions, si es toquen massa, a vegades es trenquen.

El carrer: la paraula com a moviment

Fora, però, el món era un altre. Recordo el primer cop que vaig anar a casa d'una amiga espanyola i vaig sentir la seva família parlar amb naturalitat de tot: de les seves frustracions, de les seves expectatives, fins i tot de coses que a casa meva mai s'haurien dit en veu alta. Em va sorprendre la llibertat amb què reien, discutien, es contradieien i després tornaven a començar.

Aquell soroll no em molestava; m'atrapava. Em semblava com si la vida els brollés de dins sense por.

A l'escola, els meus companys es confessaven secrets amb una facilitat que jo envejava. Explicaven enamoraments, inseguretats, somnis impossibles. Jo, quan volia dir alguna cosa, sentia una força invisible que em retenia.

No era tímidesa. Era lleialtat.

No volia traïr la forma de ser que m'havien ensenyat, aquell respecte implícit per les coses que encara no han pres forma.

La frontera interior: entre explicar i callar

Quan vaig arribar a l'adolescència, aquesta dualitat es va fer més forta. Al mateix temps que sentia la necessitat d'expressar-me més, creixia en mi la sensació que hi havia parts de la meua vida que només podien existir en silenci.

Recordo, per exemple, les nits en què em sentia aclaparada per l'estrès, la pressió o la tristesa. A l'escola, molts amics parlaven obertament d'aquestes emocions. Però jo, quan intentava fer-ho, sentia com si estigués obrint una porta prohibida.

Era com si el meu món interior estigués fet de dues cambres: una il·luminada, on podia parlar; i una altra fosca i íntima, on només podia entrar en silenci.

Vaig créixer així, navegant entre aquestes dues aigües. I en aquest viatge vaig descobrir que el silenci també pot ser una forma de força. Qui sap guardar paraules, sap escoltar; qui sap callar, sap observar; qui sap esperar, aprèn a entendre.

Els secrets que no són secrets

Amb el temps, vaig descobrir que totes les famílies tenen els seus secrets, però no totes els tracten de la mateixa manera. A la meua cultura, el secret pot ser una manera de cuidar. No es parla d'un malestar perquè parlar-lo el faria més gran. No es comparteix un somni perquè és massa tendre per ser exposat. No s'expliquen les discussions perquè la família és un cercle sagrat.

I encara que aquesta manera de viure pot crear distàncies, també crea una mena de cohesió misteriosa: una comprensió silenciosa que no necessita paraules per ser real.

Però, de vegades, també pesa. Hi ha secrets que es converteixen en murs, silencis que acaben fent mal. Quan no pots dir el que sents, és com si carreguessis un petit pes al pit que ningú més veu.

I llavors l'escriptura es converteix en salvació.

L'escriptura: el lloc on el silenci aprèn a parlar

Recordo bé el primer cop que vaig escriure alguna cosa que no m'havia atrevit a dir. Aquell gest, aparentment simple, va transformar el meu silenci en una forma d'expressió. L'escriptura em va oferir un espai on podia ser sincera sense sentir-me jutjada ni exposada.

A diferència de la paraula dita, que pot despertar opinions o malentesos, l'escriptura és un lloc segur. És un espai íntim on puc ordenar els meus pensaments i entendre millor les meves emocions. Quan escric, no he de triar entre parlar o callar: puc fer les dues coses alhora, a un ritme propi.

En el paper, les dues parts de la meva identitat —la discreció que vaig aprendre a casa i la necessitat de comunicar-me que he après fora— deixen d'oposar-se. El silenci aporta profunditat; la paraula, claredat. En l'escriptura, totes dues es complementen i conviuen.

Escriure també em permet alliberar-me del pes de les supersticions i de la por de les mirades. El paper no jutja ni enveja. Allà, els meus somnis no corren perill i les meves pors no semblen tan grans.

Per això torno sempre a l'escriptura: perquè és l'espai on el meu silenci aprèn a parlar i on la meua veu aprèn a escoltar-se, sense pressa i sense por.

Aprendre a obrir portes sense desfer-se

Amb el temps, he descobert que compartir no és una amenaça, sinó una selecció. No he de parlar amb tothom de tot; només amb aquells que cuiden. I no he de callar amb tothom: només quan el silenci és necessari.

La vida m'ha ensenyat que hi ha paraules que protegeixen i paraules que consumeixen. Que hi ha silencis que abracen i silencis que allunyen. L'equilibri no és fàcil, però és possible.

He après, a poc a poc, que puc explicar els meus somnis sense espantar-los. Que puc parlar de les meves pors sense fer-les més grans. Que puc expressar-me sense traïr l'herència que porto dins.

Conclusió

Amb el temps he entès que el silenci és una part central de la meva identitat, però no és l'única. Forma part de la meva educació, de la meva cultura familiar i de la manera com he après a relacionar-me amb el món. No és un defecte ni un obstacle, però tampoc ha de ser una limitació.

He après que puc integrar el que he rebut a casa amb allò que he après a l'entorn on he crescut. No cal triar entre parlar o callar, ni entre una cultura i l'altra. Es tracta de combinar-les de manera que tingui sentit per a mi. El silenci em dona prudència, capacitat d'observació i respecte; la paraula em dona oportunitats per expressar-me, per connectar amb els altres i per construir el meu propi camí.

Ara sé que puc explicar els meus somnis, els meus projectes i les meves inquietuds sense sentir que estic traint res. I també sé que hi ha moments en què callar continua sent necessari i legítim. L'equilibri el decideixo jo.

En definitiva, el procés de créixer entre dues cultures m'ha ensenyat que l'important és trobar una veu pròpia. Una veu que no anul·li cap part d'on vinc, però que tampoc es quedi atrapada en cap herència. Una veu que pugui moure's amb naturalitat entre el silenci i la paraula.

Aquest és, finalment, el punt al qual he arribat: entendre que puc parlar sense por i callar sense culpa. I que, en aquesta llibertat, és on es construeix la meva pròpia identitat.

El so d'un nom africà

Anònim

El mite (abans del viatge)

Quan era petita, la paraula Àfrica em feia pensar en la fam, en la pobresa, en animals salvatges i postes de sol roges. En el meu cap, era un continent fet només de misèria i tristesa. Si tancava els ulls, imaginava el poble d'en Kirikú: cases de fang, nens descalços, dones amb cistells al cap i un sol que mai s'apagava. Jo pensava que Àfrica era això, ni més ni menys. No veia països, ni llengües, ni cultures, només un únic terreny envoltat de pobresa.

Sabia que els meus pares venien d'allà, d'aquell lloc llunyà que tothom semblava mirar amb llàstima o curiositat. I tot i que jo havia nascut a Catalunya i me'n sentia part, mai em van deixar ser-ho del tot. Sempre hi havia preguntes, aquelles que semblaven senzilles però que feien mal: «Parles molt bé el català, però... d'on ets realment?» I aleshores jo em quedava en silenci, buscant la resposta correcta. Què volien dir exactament amb d'on ets?

Volien saber on vivia? On havia nascut? D'on em sentia? O potser volien dir d'on eren els meus pares, com si jo no pogués existir sense aquell origen que encara no coneixia del tot? Amb els anys vaig aprendre a respondre amb mitges veritats, a adaptar la meva resposta segons qui preguntés. Però dins hi havia un buit, una mena de desconeixement estrany sabia d'on venien els meus pares, però no sabia què volia dir venir d'allà. Fins que un dia, als catorze anys, vaig agafar un avió cap a Gàmbia. I aquell viatge ho canviaria tot.

El xoc (durant el viatge)

14 de gener de 2019. Banjul. Són les dues de la matinada.

Acaba d'anunciar el capità que hem aterrat a l'aeroport internacional de Banjul. La gent aplaudeix, alguns amb un somriure cansat, d'altres amb llàgrimes als ulls. Jo, en canvi, tinc pressa. Una angoixa estranya em puja per l'estómac. No és por, és impaciència: vull sortir, vull veure què m'espera fora.

Quan trepitjo la pista, l'aire càlid m'envolta. Fa olor de terra mullada, de fum, de fruita i de sal. La humitat se'm fica a la pell i, per un instant, tinc la sensació que respiro per primera vegada.

A fora, el soroll és un idioma propi. Cotxes que toquen el clàxon sense motiu aparent, crits de gent que saluda familiars, motors, riures, cants. Tot passa alhora. És un caos viu, ple, desconegut. Mentre busquem les maletes, observo les mirades, les mans que es mouen, els colors de les túniques. Tot em sembla nou i alhora familiar, com si una part de mi recordés aquest desordre.

Comencem el trajecte cap al poble del meu pare. Nou hores de carretera. El cotxe s'omple de silenci, només trencat pel motor i el soroll del vent entrant per les finestres. A fora, la nit es va obrint a poc a poc i el país desfila davant dels meus ulls com una pel·lícula que no vull acabar. Travessem pobles amb els carrers de sorra i les cases de colors vius. A cada lloc hi ha una llengua, una música, una manera de viure.

El paisatge canvia constantment, però hi ha una cosa que es manté: la mirada de la gent. Una mirada directa, profunda, que sembla reconèixer-me. Jo no sé què veuen exactament, però ells semblen saber qui soc, encara que jo mateixa no ho tingui clar.

A mesura que ens acostem al poble, sento com una calma estranya em recorre. No sé si és cansament o emoció. L'angoixa del principi es transforma en curiositat, en ganes d'entendre. No sé què hi trobaré, però dins meu hi ha una veu que em diu que aquest viatge no serà només per veure un país, sinó per tornar a un lloc que potser mai he conegut del tot.

I per fi les nou hores de trajecte s'acaben. Veig un poblat a la vista amb un cartell verd amb un número, estem entrant a la famosa Jawo Kunda (així es diu el poble del meu pare), nom que he sentit milers de vegades sortint de boques aïenques, inclús de la meua. M'incorporo des del seient i trec el cap per la finestra, no em vull perdre detall, em giro un segon i observo el meu pare, que està de copilot: la seva expressió havia canviat. Li brillen els ulls d'una manera diferent, com si de sobte, aquell home que jo sempre havia vist seriós i fort es convertís en el jove que havia marxat de casa amb vint anys. En el seu rostre hi havia una pau profunda com si cada cop que hi tornés, s'acabessin tots els problemes i tot és posés en ordre.

Ell no deia res però jo ho veia tot: la manera com recolzava el braç a la finestra, com respirava més lent, com si volgués retenir cada segon abans d'arribar. De sobte es va girar i em va mirar. Jo ja l'observava i em va dir amb un somriure suau: és aquí. Ja hem arribat.

Vaig assentir amb el cap, sense paraules i li vaig agafar la mà. La meva mare ens va mirar desdel seient de darrere i també va somriure en silenci. No calien frases.

El meu pare va indicar al conductor que girés per un camí estret, gira per aquí (va dir amb veu tranquil·la). El cotxe ple de pols i de cansament va alentir el pas fins que finalment es va aturar davant d'una casa. El motor es va apagar i i en aquell instant, el silenci es va esfumar el meu pare va deixar anar un sospir llarg, com si dins hi portés tots els records, i va dir baixet —Alhamdulillah.

Aquella paraula plena de gratitud va donar la benvinguda. Jo vaig mirar al voltant i vaig saber que allò no era el final d'un viatge sinó l'inici d'alguna cosa que encara no sabia ben bé què era.

El retrobament

Encara no havia obert la porta del cotxe i ja sentia veus a fora. Crits, rialles, passes que s'acostaven. Quan vaig baixar, l'aire era calent i viu. Davant la casa ja s'havia omplert de gent esperant-nos: dones, homes, nens.

I de sobte, entre tot aquell soroll, vaig sentir algú cridar el meu nom:
—Tennen!

I després un altre, i un altre.

Tennen! Tennen!

El so em va travessar el cos. Era com si el meu nom, per primera vegada, sonés complet. Ni massa suau, ni trencat: exacte, precís, ple de força. Ni tan sols la meva mare el pronunciava així. Potser perquè el meu nom venia d'allà. Potser perquè, per primera vegada, algú el deia com realment havia de sonar. Durant anys l'havia sentit en boques europees, suau, distorsionat, estrany.

Allà, en canvi, sonava ple, arrelat, autèntic i en aquell instant vaig entendre que el meu nom no només em pertanyia a mi, sinó a ells, al poble, a una història més antiga que jo.

La gent s'acostava, m'abraçaven, em tocaven el braç, em somreien com si m'haguessin vist créixer, com si sabessin tot de mi. Em sorprenia que tots em coneguessin, que diguessin el meu nom amb aquella familiaritat. Em

vaig adonar que, tot i els anys sense veure'm, jo formava part d'alguna cosa més gran, d'una memòria col·lectiva que m'havia esperat en silenci.

Els mirava i, encara que molts rostres m'eren desconeguts, el cor em batejava amb una calma nova. Era com si, després de tant de temps, hagués tornat a un lloc on no calia explicar res, on ningú et preguntava d'on ets, perquè tots sabien la resposta abans que tu.

Em vaig quedar quieta, escoltant el meu nom repetir-se entre veus i rialles, i vaig entendre que potser el que buscava no era només un país, sinó un so. El so d'un nom dit amb veritat. El so de casa.

La mirada (després)

Després d'aquell viatge vaig entendre moltes coses. Vaig entendre d'on venia i, d'alguna manera, qui era. Vaig començar a entendre què volia dir portar el nom que porto, què significava el meu cognom, què volia dir formar part d'una ètnia, d'una història, d'una llegenda que existia molt abans que jo. Les històries que m'havien explicat van deixar de ser contes llunyans i van començar a ser memòria i sang.

Vaig aprendre a mirar el món amb més empatia, a tenir paciència, a valorar la vida i les oportunitats que tenia. Sovint em repetia la mateixa pregunta: que seria de mi si els meus pares no haguessin marxat? Si hagués nascut allà, si hagués crescut entre aquell caos viu, seria la mateixa persona? Pensaria igual?

Amb el temps, vaig aprendre a viure dins d'aquell caos, a estimar-lo. Àfrica, aquest continent tan mal entès, tan castigat, tan violat, em va robar el cor completament.

Vaig veure que, tot i el dolor i les ferides, tenia una força que no havia trobat enlloc, i no podia evitar pensar què hauria passat si aquells homes que deien haver «salvat» Àfrica no l'haguessin colonitzat, no l'haguessin volgut fer seva, no haguessin remenat les seves arrels com encara fan. Potser el món seria un altre, potser nosaltres també.

Aquell viatge em va canviar la vida. Continuava sent una noia entre dues cultures, dues llengües i dos mons completament diferents. Però hi havia una cosa que sabia amb certesa: el cor descansava a casa, i casa era, és i serà sempre Gàmbia.

Hèrència domèstica

Anònim

La primera vegada que vaig intentar que el meu pare posés un rentavaixelles vam viure un moment històric. Li vaig deixar tot ben preparat: la vaixela comprovada perquè no toqués les aspes i la pastilla al seu lloc. Em va mirar molt seriós i va dir: «Això... com es posa?». Allà ja vaig veure clar que el meu pare i les tasques domèstiques viuen en universos paral·lels que mai no s'han saludat.

I el pitjor (o el millor) és que no és culpa seva del tot. Perquè, mentre ell creixia sense tocar ni una baieta, a mi em van ensenyar a netejar des que tenia edat per distingir un fregall d'una escombra. Allò que en diuen «ajudar a casa», però que en realitat vol dir «això t'ho tocarà fer a tu, així que vés aprenent». A ell l'aplaudien per fer el llit, únicament quan li manava la meva mare; a mi només em felicitaven si el feia bé. Coses del masclisme casolà, suposo.

Per introduir una mica, haig de dir que per mala sort he compartit pis unes cinc vegades, i les que més recordo són aquelles en què anar a viure amb nois es convertia en un esport d'alt risc: esquivar plats bruts, lluitar contra mitjons pel terra i negociar amb éssers humans que pensaven que la dutxa s'autonetejava. Allà es va acabar de confirmar la meva teoria: el síndrome del meu pare era molt més comú del que pensava.

Quan vivia amb el meu cosí i un altre noi, un dia un em va dir molt convençut: «No passo l'escombra perquè si la passo jo després ja l'hauré de passar sempre». Com si escombrar un cop el convertís automàticament en funcionari del Ministeri de Neteja. Un altre, al pis de Barcelona, es va deixar un plat a la pica «perquè es remullés» tres dies. Al quart ja no era un

plat, sinó un ecosistema. Hi havia vida intel·ligent allà dins, i crec que fins i tot dret a vot.

El meu preferit va ser el que va inventar una tècnica revolucionària que consistia a anar apartant les boles de pols amb el peu mentre caminava, en lloc de passar l'escombra. Deia que era «gestió del moviment». Jo deia que era mandra coreografiada. El punt àlgid, per acabar, va ser quan em vaig comprar la meva millor amiga, la Conga: quan aspirava, els nois s'amagaven, com si els fes por o, per si de cas, aprenien alguna cosa bàsica.

Avui dia el meu pare està de baixa i, per tant, és sempre a casa, entrant a la cuina o al lavabo —com dic jo— amb els ulls tancats. La meva mare ja no sap com dir-li les coses perquè, a sobre, es fa la víctima. I tot i així, aquí estic, estimant amb bogeria el meu pare, que no distingeix una baieta d'una llança medieval, i recordant aquells companys de pis que pensaven que el bany es netejava sol, per obra i gràcia de l'Esperit Sant del Sanitol.

A vegades em fa ràbia pensar que a nosaltres ens van entrenar per sostenir-ho tot: la casa, l'ordre, el caos domèstic i fins i tot la paciència. Ens van dir que era «natural», que ho fèiem millor, que no costava tant. Però no era natural: era costum. I el costum, quan sempre cau al mateix lloc, pesa.

I llavors arriba la pena. Pena pel meu pare, que no va aprendre mai allò que no li van exigir. Però sobretot pena i admiració per la meva mare, la dona que ho ha aguantat tot sense manuals ni reconeixements, fent que la casa funcionés mentre els altres vivien amb els ulls tancats. Ella no és la responsable d'aquest desordre heretat: n'és la supervivent. La meva heroïna silenciosa.

L'absència

Anònim

El despertador no sona. No cal. Fa dies que el meu cos s'aixeca sol, com si la son fos un luxe que ja no em pertoca. La llum entra per la finestra amb una tímidesa estranya, com si també sabés que avui no és dia de festa. M'incorporo lentament, amb la cura de qui no vol despertar la memòria. Els peus toquen el terra fred, i el contacte em transporta, fugaçment, a la crua realitat.

Em vesteixo amb roba que no diu res. Colors neutres, textures que no abracen. Davant del mirall, la meva cara em sembla una versió de mi mateixa que ha après a no cridar. Hi ha una elegància trista en els meus ulls, que no demanen ajuda. Em pinto els llavis, no per vanitat, sinó per construir una façana que em protegeixi del món. El ritual és precís, gairebé litúrgic. Com si cada gest fos una oració muda.

Al carrer, la ciutat batega amb una urgència que no entenc. Gent que corre, que parla massa alt, que mira pantalles com si fossin oracles. Camino entre ells com una ombra educada. Ningú em veu. Ningú em mira. I ho agraeixo. Perquè si algú em mirés de veritat, potser veuria el petit naufragi que porto als ulls.

Al metro, les cares són pantalles. Tothom connectat a mons que no comparteixen. Els dits es mouen amb una coreografia aliena, desplaçant notícies, imatges, vides que no són seves. Jo observo en silenci. M'imagino que, si cridés, ningú giraria el cap. No per crueltat, sinó perquè el soroll del món és massa fort per escoltar el dolor suau.

Quan el metro s'atura, hi ha un instant breu en què tot sembla suspendre's, però ningú ho percep. Les portes s'obren amb un espetec

metàl·lic que ressona com un avís que no interessa a ningú. Surto amb la resta, arrossegada per la inèrcia d'un moviment que no he triat.

El carrer m'absorbeix de seguida, amb el seu aire dens i un murmurí persistent que sembla no acabar mai. La gent passa massa ràpid, com si tingués por d'aturar-se i sentir alguna cosa. Les mirades llisquen per damunt meu, buides, ocupades en urgències que no sabria anomenar. Tot avança amb una velocitat que no deixa espai per al que pesa, per al que no es veu, per al que no sap com demanar lloc.

Camino cap a casa com qui torna d'un lloc llunyà, tot i que no he anat enlloc. El dia ha estat una successió de gestos automàtics, de silencis disfressats de normalitat. Ningú ha preguntat. Ningú ha notat. I potser és millor així. Perquè no sé si sabria posar paraules al que em passa per dins.

Quan torno a casa, el silenci em rep com una cambra buida. Em trec les capes del dia, les paraules que no han trobat lloc, les mirades que no han arribat. I en aquest espai quiet, m'adono que el dol no demana soroll ni explicacions. Només demana presència.

No la dels altres, sinó la meua. Ser-hi, sense fugir. Escoltar-me, encara que faci mal. I potser, en aquest acte senzill de reconèixer-me, comença una forma de consol que no necessita pantalles ni respostes. Només temps. I una mica de llum.

L'ombra negra

Anònim

Acte 1 - Infantesa

Dos quarts de nou del matí. El pare m'hi deixa de nou. Em fa un petó al front i jo l'hi torno, com ja és costum. Em desitja que m'ho passi bé. Jo el crec com he fet sempre. M'acompanya al timbre de l'edifici, ja que sol no hi arribo. Tercer primera. Prem el botó i m'observa. Se sent el gos bordar des del balcó. Passen els segons i ningú respon. Potser no ens han sentit. El pare prem el botó una altra vegada. Al no rebre cap resposta, observo enlaire. L'avi treu el cap pel balcó juntament amb el gos, el qual continua bordant des del primer moment. Passen uns segons fins que s'obre la porta de l'edifici. Ell i jo entrem dins.

M'enfilo per la barana de l'escala mentre em renyen. Dic que no em passarà res, però m'insisteixen que pari quiet per no fer-me mal. Faig cas, no vull portar la contrària. De fet, mai m'ha agradat. Pugem a l'ascensor. Em veig a través del mirall amb un somriure a mesura que pugem les plantes fins a la tercera. La porta s'obre lentament i veig com en *Dogy* em ve a donar la benvinguda. Em salta a sobre, em llepa la galta i jo l'abraço amb totes les meves forces.

—«Au va, passa cap aquí»—Crida l'àvia amb els cabells desmanegats al pobre gos. Ell, igual que jo, tampoc li porta la contrària. Un cop tots a dins, el pare saluda a la seva mare i s'acomiada de mi. —«Ens veiem al vespre, d'acord?»—em diu el pare amb una mirada que ja enyora el que encara no ha deixat. Assenteixo amb el cap i seguidament, marxa.

Segons després, jo me'n vaig cap a la *saleta*, lloc on passo la major part del dia. Jugar amb la tauleta, escoltar música o bé fer la migdiada, eren pràcticament la meva rutina quan em quedava al pis. Ara bé, avui m'espero que els avis es preparin per anar a esmorzar al *Fòrum* mentre jo miro la televisió. El *Fòrum* ha sigut el bar del barri per excel·lència on anar a fer el cafè al matí. De fet, la *Lola*, cambrera d'aquest bar tan rutinari, ja ens coneix i sap perfectament el que demanem sempre. Dos cafès sols i un entrepà de pernil salat. Un cop tothom està arreglat i ben enllestit, anem a fer un mos.

Baixo les escales corrents, mentre que els avis agafen l'ascensor. Les baixo molt de pressa, com si volgués atrapar el temps que se m'escapa sense saber molt bé el perquè. Quan arribo al portal, veig que estic sol. Definitivament, he guanyat la meva carrera imaginària. Al cap d'un moment, ja hi som tots. En obrir la porta principal de l'edifici, en *Dogy* estira la corretja, amb ganes de córrer, olorar i sentir-ho tot. L'observo i no puc evitar el somriure. Ell no pensa, simplement viu. I per un moment, voldria ser com ell.

Hores més tard, quan ja hem esmorzat i tornat al pis, l'àvia em diu que vingui amb ella un moment al sofà. Un cop allà, comença a parlar-me de quan era jove, i de com va conèixer l'avi. M'explica com sempre havien tingut la passió per ballar junts. Sense dir res més, s'aixeca i posa un casset vell al reproductor. El so cru, ple de petits grinyols, omple la sala. Ella m'allarga la mà, i sense pensar-ho, l'agafo.

Ballem. Lentament, sense pressa, deixant que la música ens porti. El temps sembla fondre's, i per un moment tot és senzill: només els passos, la respiració compartida, la llum suau que entra per la finestra. No penso en res més. No tinc ganes de marxar.

Acte 2 - Adolescència

El pare em deixa al carrer del costat. Diu que té pressa i que no em pot acompanyar. Baixo del cotxe i vaig directe cap al pis, com una arna direcció cap al sol. Toco el timbre, però ningú respon. Ja no se sent cap lladruc des que en *Dogy* va marxar a una nova vida. No se sent absolutament res, a part del rebombori constant del carrer. Observo al balcó per si algú treu el cap, però malauradament ningú el treu. La porta principal del portal s'obre com si fos per art de màgia. Prem-ho el botó de l'ascensor mentre miro el meu voltant i espero. Sembla que l'entrada a l'edifici ha perdut color, es destenyeix a mesura que va passant el temps. Les parets, abans vives, ara respiren cansades, com si també recordessin moments del passat que no

voldrien recordar. Hi ha racons on la llum s'hi queda atrapada, com si no sabés cap on fugir. I de la qual m'hi sento identificat.

Entro a l'ascensor amb certa incomoditat. A mesura que pujo les plantes, se m'acceleren les pulsacions. Arribo a la tercera. No sé el que m'espera a l'altre costat de la porta. Tan sols desitjo no haver de viure dins aquell món infernal on fa anys que visc. Prem-ho el timbre mentre demano clemència a algun possible Déu, per molt ateu que hagi estat sempre. De sobte, una ombra negra amb olor de fum i alcohol m'obre la porta. Em sembla familiar, i de fet ho és, per molt mal que em faci acceptar-ho.

Entro ràpidament al pis sense mirar enrere, tot i que sento mil veus que em penetren de forma immediata el cap. M'endinso a la *saleta* i tanco la porta amb totes les meves forces. Sento passes que venen cap a mi. Es van intensificant cada cop més, fins a desembocar en cops a la porta. L'ombra em crida, obligant que li obri i li deixi accedir a la mateixa habitació on em resguardo. Jo m'hi nego. Passen els segons, minuts, i l'ombra segueix cridant i colpejant la porta. Li suplico que em deixi en pau, però no fa cas. Em tremolen les mans, i el cor em batega tan fort que sembla voler fugir també. Però el soroll no s'atura; cada cop és més proper, més humà. Quan semblava que la porta estava a punt de cedir, tots els crits i sorolls desapareixen. L'ombra ha reulat, tan bon punt que ha decidit marxar del pis.

Surto del meu búnquer i em dirigeixo a la cuina. Veig el cendrer amb un munt de burilles mortes dins seu. La televisió està encesa, amb el volum alt. Ningú la mira, però omple l'espai amb veus que no diuen res. Agafo el comandament i la tanco. Em fa la sensació que els objectes em miren, com testimonis muts que no poden expressar el que jo tampoc puc. Giro la mirada i veig la pica. Observo els dos brics de litre de vi negre gastats, com si fessin guàrdia als gots bruts. El silenci pesa, i molt.

Passen les hores i estic sol. Em passen milers de pensaments alhora. Em plantejo el perquè de tot plegat, de totes aquestes escenes rutinàries que, en consideració, no haurien de ser-ho. És tard i vaig al balcó. Aquell balcó que era lloc de trobada, ara és un lloc de recerca. Un lloc on sec i reflexiono, mentre passen els cotxes de tant en tant per la carretera. És fosc. Les llums dels fanals han començat a il·luminar el carrer. I jo, tan sols espero trobar el meu fanal interior, que pugui aportar-me una mica de claredat.

Finalment, veig com arriba el pare amb el cotxe. No m'ho penso dos cops. Agafo totes les meves pertinences i marxo. Baixo les escales corrents, però no com quan era petit. Aquest cop marxo corrents per por, no per alegria. En arribar el cotxe, el pare m'observa. La mirada ho diu tot.

Acte 3 - Edat adulta

Ja vaig tot sol pel carrer, sense ningú que em supervisi. Noto el fred que feia anys que no notava. El cel està nuvolat, gris. Els fanals il·luminen vagament la vorera mentre es fa de dia. No alço la mirada en cerca de ningú. Trec les claus de la butxaca.

En tinc un munt, però les conec bé. Accedeixo al portal amb indiferència. Veig les escales, aquelles que em semblaven un parc infantil. Ara sols em semblen el que són, unes simples escales. Ignoro l'ascensor, ja fa temps que va deixar de funcionar. Pujo a les fosques, sense encendre el llum. Potser no tinc ganes d'il·luminar una etapa passada. Poder prefereixo quedar-me entre les ombres, observant el que m'envolta sense dir ni una paraula.

Tercera planta. Ja he arribat al meu destí. Observo la porta amb inquietud. Tanco els ulls i respiro profundament. Potser amb sort, torno a ser al primer dia en què no hi havia tempestes. Introdueixo la clau. Ja no sento res a l'altre costat de la porta. Potser l'ànima la vaig perdre fa temps dins aquest cel convertit en infern. Un infern innocent, trist i ple de fum. Obro la porta de bat a bat. És tot fosc, però no del tot. Els ulls s'adapten i aconseguen veure l'interruptor que dona llum i sentit a aquest circ sense gràcia. Em giro i tanco la porta. Deixo caure la motxilla a terra. No se sent res, ni un lladruc, ni un crit, ni un vidre innocent partit en mil trossos a terra. Simplement, soc jo, enmig d'una trinxera d'una guerra acabada. I mentrestant, em passejo sol pel menjador on sento certa nostàlgia.

Al sofà ja no hi ha restes de pèl d'un petit gos mandrós on solia dormir la gran part del dia. Només hi ha uns llençols impecables amb coixins ben col·locats, tan ben col·locats que m'hi fa cosa seure. Tot està tan ben ordenat i endreçat que sembla gairebé l'attrezzo d'una obra fantàstica. Tot em sembla irreal, per molt que hagi viscut molts anys en el mateix lloc. Moments després, prenc la decisió de canviar la meua ruta.

Retrocedeixo i vaig cap a la cuina. Ara ja no hi ha fum, ni cendres, ni tampoc olor d'alcohol impregnat en l'aire. Aquell aire que respirava i em feia posar en la pell d'aquella ombra negra. Només hi ha ordre i pau. Ara bé, aquesta nova pulcritud no canvia res del passat. Tot sembla nou, però el buit continua al mateix lloc. És curiós com la netedat pot ser tan freda. Els objectes brillen, però no reflecteixen res més que absència.

A la *saleta* no hi ha res més que records amargs. Cada objecte i cada racó em condueixen a una època que ja no existeix, però encara pesa dins meu. És una llosa de formigó invisible que carrego a l'espatlla. Em costa mirar sense sentir un nus a la gola, aquella barreja d'enyor i resignació.

Les parets semblen observar-me, sabent més del que jo voldria recordar.

De nou, tanco els ulls plorosos. Ja en tinc prou. Torno al rebedor, recullo la motxilla i marxo. No miro enrere. No cal. Sé que els records continuaran perseguint-me, però també sé que, a poc a poc, es faran més petits, més suportables. Potser algun dia, quan torni a passar per davant d'aquesta porta, ja no sentiré aquesta punxada fonda al pit. Potser només quedarà silenci, i en el silenci, la pau que encara no sé trobar.

La ferida

Anònim

La bena ja s'havia tornat a afluixar. Li passava sovint, amb el moviment i les accions del dia a dia la tela s'anava destensant i havia de parar per tornar a tapar la ferida. Amb el temps s'hi havia anat acostumant, ja ho veia d'allò més normal. A vegades, sobretot quan la tocava, feia mal, però havia après a no utilitzar el braç i així no patir tant.

Sabia que l'única solució era treure's l'embenatge i desinfectar-la, però era un procés difícil i dolorós. Les coses quotidianes les feia d'una altra manera, havia après a escriure amb l'altra mà quasi tan bé com ho feia amb la que abans era la seva dominant, aplaudia colpejant-se pit i ja no conduïa el seu estimat cotxe, en lloc d'això anava en bus. Estava tan content d'haver après totes aquestes habilitats, que li semblava com si ni tan sols tingués la ferida.

Els últims anys s'havia posat cada cop més lletja. De vegades supurava i feia una olor terrible. Per això ja no la mirava i es tapava el nas; era la millor manera de no patir. L'atèrrica patir.

Quan algú li preguntava si li feia mal, somreia i canviava de tema. Aquell dolor s'havia tornat un costum.

A vegades pensava a demanar ajuda, anar al metge potser, però al final, tothom té problemes i no li agradava tampoc ser tan dramàtic. Sempre havia estat així, de petit l'hi deien molt; qualsevol copet que es feia, per petit que fos, es posava a plorar com si s'hagués de morir. Potser era ell el problema, que patia sempre massa, i potser la solució era no fer cas del seu dolor.

L'escalada havia estat sempre una de les seves majors aficions. Això era abans de la ferida és clar, ara ja no la practicava. És per això que, quan el

van convidar a fer una ruta, no s'hi va poder resistir. Va agafar les cordes, els mosquetons i la vella motxilla d'excursionista i es va posar en marxa.

L'excursió, la van fer en un dia nuvolat, gris, d'aquells que sembla que pugui començar a ploure en qualsevol moment. La ruta no era massa difícil i ell havia tingut un nivell excepcional escalant, així que va pensar que amb un sol braç podria anar tirant. El que tenia ferit se'l va lligar al cos, per dins la samarreta, per tal d'evitar cops i no fer-se mal.

A l'inici, podia anar avançant sense problemes. Després de tant de temps de no escalar, ja quasi no recordava com el feia sentir. L'aire a la cara, la immensitat rural que arribava a fondre's amb l'horitzó, fent que tot es veies tan petit que recordava a un pessebre. El cant dels ocells, semblava que se sentís cada cop més clar a mesura que s'alçava entre les roques i s'acostava al cel. Es tornava a sentir il·lusionat, com un nen amb ganes de descobrir el món, amb ganes de viure.

Ja portaven un bon tros de la ruta quan, de sobte, van caure les primeres gotes, eren poques, res preocupant. La resta del grup va proposar anar baixant, per precaució, i així ho van fer.

Cada cop plovia més i estaven tots més espantats. Van accelerar el ritme. Ell, encara ferit, s'anava quedant enrere. Ja tenia els cabells xops i cada cop estava més preocupat. Els ocells, ara a aixopluc, ja no cantaven.

Quan li quedaven un parell de trams dels complicats, un dels claus enganxats a la roca es va despendre, amb tan mala sort que la corda se li va enganxar al peu fent-lo relliscar i deixant-lo suspès únicament del braç. El paisatge immens, ara resultava aclaparador.

Tenia una petita esplanada just a sobre, gairebé la tocava amb la punta dels dits. Però aviat es va adonar que li faltava força per aixecar tot el seu pes amb un sol braç. L'aigua li queia a sobre. Movent el cos, balancejant-se, lluitava per fer que la bena cedís. A poc a poc ho aconseguia, però cada cop li quedaven menys forces per subjectar-se. Van passar uns minuts que van semblar dies, la bena ja queia, una estrebada més i... El braç ferit per fi s'alliberava, però ho feia just en el moment en què la seva altra mà es rendia, acabant així amb el seu patiment.

Mentre la ciutat s'adorm

Anònim

La nit és freda. La ciutat, a poc a poc, s'adorm com s'apaga una espelma, sense fer soroll. La sala d'estar queda banyada per la llum tènue de la lluna que es filtra pels estors, tot fonent-se amb la claror cansada i groguenca de la làmpada al costat del sofà. A la tauleta, el que queda dels fideus instantanis es va refredant lentament.

En la foscor de la cuina, l'acer del calaix entreobert de la coberteria brilla amb el reflex del cel estrellat que s'amaga darrere la finestreta.

Al passadís, un aire pesat inunda el camí fins a l'habitació desendregada. La vaga llum de l'escriptori ressegueix les arrugues dels llençols blancs sobre el llit desfet. Sobre la taula de fusta, dues fulles de paper escrites a mà on, a mesura que avancen les paraules, la cal·ligrafia perd forma i fermesa, com si també ho hagués fet l'ànima del qui les ha escrites.

Quan l'aigua surt a pressió contra l'esmaltat de la banyera, un vapor dens s'estén ràpidament per tota la sala de bany. Sent un estrany reconfort en endinsar els peus en l'escalfor de l'aigua. Un lleu gest d'incomoditat apareix quan toca l'esquena amb el respatllet fred, abans de deixar-se lliscar en la calidesa que, lentament, omple la banyera.

Inspira. Uns segons més tard, expira.

S'incorpora per tancar l'aixeta, es torna a estirar. Silenci. Tanca els ulls i intenta concentrar-se en la respiració. Com un poltre salvatge i indomable, els batecs del cor galopen dins seu. Intenta controlar-lo, però el ritme no cedeix: s'ha desbocat. Obre els ulls i es mira la mà. Tremolosa, la dirigeix poc a poc al costat esquerra de la banyera on, sobre la cantonada, reposa la fulla d'afaitar. L'agafa amb cautela i l'alça. La lluïssor provoca alguna cosa

als seus ulls: ara brillen i en surten dues llàgrimes que li recorren les galtes fins deixar les commissures dels llavis salades.

Què l'ha portat fins aquí?

Deixa la fulla sobre el marbre i torna a tancar els ulls. L'aigua ja s'ha refredat, i de sobte és conscient que té fred.

A l'habitació, els llençols inerts descansen sobre el llit, però quan s'hi estira, de mica en mica el cos troba la seva pròpia escalfor.

A fora, la lluna s'amaga entre els edificis.

La ciutat ara ja dorm, darrere seu.

No he tornat

Anònim

Vaig sortir de casa un dia més, sense esmorzar ni acomiadar-me dels meus pares. Un dia normal, o això és el que em pensava. Aquell dia no vaig tornar a casa. Sobre aquell asfalt, tot va canviar. Potser una part de mi volia que arribés aquell moment, que el temps s'aturés, però no ho tenia clar. L'univers havia aconseguit dir-me alguna cosa: no tot depèn de mi.

Aquell dia vaig tornar a néixer.

Un ventall de dubtes em van arribar al cap. Què és el que no havia après de la vida? Potser mai li havia donat la importància que es mereix, o potser no havia sabut parar.

Abans, el temps era ràpid, explosiu i impulsiu. Em faltaven hores al rellotge. Sentia que m'estava ofegant, però alhora aguantava.

Estrès, ansietat, depressió... tot per l'ansia de «viure», si és que se'n pot dir així. Malalties constants, hospitalitzacions, controls, reunions, clients, tutories, amics... què més havia d'omplir el meu temps? Això era viure? Sabia realment què volia?

El temps es congela. L'habitació és freda. Hi ha cables connectats al meu cos, vies al braç, oxigen que m'ajuda a respirar, i el desfibril·lador ja és a punt. Fred. Silenci trencat pels murmuris dels sanitaris. Llum que parpelleja sobre el meu cap. Temps. Set dies en coma.

Què ha passat? On sóc? On són? Per què? Estic somiant? Tot el que veig és real.

Ja està. Tot s'ha aturat. Les preocupacions han marxat. Ja no existeixen els dies interminables de feina, ni les reunions amb clients maleducats, ni les nits al carrer, ni les tardes a la terrassa d'un bar amb amics. Pausa. Ara ja

no hi ha pressa, només canvis. Ja no puc caminar ni menjar, però, en part, dono gràcies a la vida per poder respirar.

Ment. S'apoderen de mi les veus del meu cap, que a estones em fan pensar que perdo la raó. El dubte s'obre pas entre les pors. Les llàgrimes em llisquen galtes avall i no me les puc eixugar. Les nits que abans eren diversió s'han convertit en un infern.

En aquella habitació, cada dia moria una part de mi, mentre en renaixia una altra, més forta.

Els nous inicis són complicats. Tornar a posar els peus a terra per primera vegada. Aprendre a caminar de nou. Sentir el fred recórrer les cames nues.

Tres mesos després vaig sortir per aquella porta, sola, tal com hi havia entrat, però aquest cop caminant, no en una llitera. El fred del carrer, les llums dels cotxes, els arbres de Nadal i l'olor de fusta de les xemeneies em van abraçar.

Vaig tornar a casa, però no sencera. Una part de mi es va quedar en algun racó; potser en aquell carrer, dins del cotxe, o potser es va consumir en aquella habitació on constantment demanava una oportunitat més, on feia promeses i em repetia que, si tornava a tenir-ne una, aquest cop ho faria bé.

Sí, aquell dia vaig sortir de casa...

i avui encara no hi he tornat.

Records de matinada

Anònim

Introducció

«Salid y disfrutad», o com la vaig versionar jo, surt i gaudeix. Fa més o menys quatre anys que vaig enganxar aquesta frase a la porta de la meva habitació, i tot i que al principi fos en contra de la meva voluntat, he de reconèixer que amb els anys li he agafat apreci. M'atreveixo a dir que és de les frases més conegudes del món del fútbol, almenys la original, però per mi la meva versió és el reflex del que han estat aquests quatre anys. Tornant a la frase i a quan la vam escriure per primer cop, mai hagués pensat que em canviaria la vida, o sí més no, que em canviaria la forma de veure-la. De fet, mai m'hagués imaginat que m'atreviria a posar en paraules tot això.

Surt i gaudeix, mira que sembla fàcil, total, són dos verbs i una conjunció. Estructura simple, però pràctica complicada. Quan ets un adolescent de 16 anys que sent que el món li està caient a sobre, el que menys necessites escoltar són aquesta classe de tòpics, sembla que la gent se'n rigui de tu. I jo crec que per aquest motiu va tenir tant d'impacte en mi, que el meu inconscient incorporés a la seva rutina veure i pensar aquestes paraules, feia que les coses dins al meu caòtic cervell anessin millorant. Però aquesta frase és la punta de l'iceberg, de fet m'atreveixo a dir (i no sé si em deixa en bon lloc), que el meu procés de reconstrucció personal es basa majoritàriament en reconvertir frases tòpiques de dos genis del fútbol en eines de superació personal.

Subjecte

Ha passat molt de temps desde llavors, però recordo que tot va començar després d'un estiu molt turbulent. Acabant de fer 16 anys, primeres nocions de la vida nocturna, una casa amb els teus amics de sempre, el primer amor... van passar moltes coses, potser masses. He de reconèixer que sóc una persona bastant propensa a repetir quan prova, i que no ha percebut mai el risc real de prendre aquestes coses. Van ser uns mesos molt durs per mi, principalment perquè em vaig deixar perdre per cumplir un rol social que no tenia perquè cumplir. És més, recordo que en Lluç, el meu amic del poble de tota la vida, ja m'havia avisat que no acabaria bé, que encara era a temps de salvar-me'n. Com a bon adolescent irresponsable, el vaig ignorar.

L'amor cega, i a mi em va deixar tan encegat que, mirat amb perspectiva, gairebé té mèrit. Jo veia senyals per tot arreu menys les evidents, justificava el que no tenia justificació i em pensava que tot anava bé mentre el vaixell s'enfonsava amb mi a dins fent salutacions optimistes. No era amor etern, tot i que jo somiava que ho fos, però més aviat era miopia emocional amb tocs de comèdia. Per mi va ser el meu primer gran drama romàntic... Aquesta història va tenir un final tràgic, d'aquells que no calen efectes especials perquè ja són prou destructors per si sols, però de la nit de París ja en parlarem més endavant.

Un cop es va acabar l'estiu, va ser on el món es va fer del tot negre, o almenys així m'ho semblava. Tornaven les classes, i el meu cap no es veia capaç. Allà va ser on vaig demanar ajuda per primer cop, i una de les poques vegades que em vaig trencar davant dels meus pares. No sabia què fer, ni com dir el que sentia, ni el que necessitava. Els va passar el mateix a ells, i tenien raó, no em podien ajudar, no en sabien. Però la van anar a buscar, ells sí que van saber trobar l'ajuda. Des del primer dia vaig saber que les coses amb ella canviarien radicalment. M'entenia, m'escoltava, sabia què m'havia de preguntar en cada moment, i feia que jo mateix trobés les respostes que necessitava. Aquí és on va néixer el nostre «Surt i gaudeix», i on va néixer la curiosa forma de fer teràpia que em va fer tornar a somriure. No va ser un procés ni curt ni fàcil, va haver-hi caigudes però també alçades, llàgrimes convertides en rialles, i això no ho hagués pogut fer sense ella.

El que m'era més difícil del dia era començar-lo. Sortir del llit, llegir aquella estúpida frase, anar a l'institut... el que és la vida d'un noi de setze anys. Reconec que a vegades no hi anava, i evidentment, els resultats i les faltes d'assistència parlaven per si soles. Havia començat 1r de batxillerat del social, que no és precisament un doctorat. He tingut la sort a la vida de ser un nen bastant resolutiu i espavilat, o altrament dit: un mandrós que amb poc esforç se'n sortia amb tot. I després de passar-me quatre cursos passejant

per la ESO (no excel·lint, però passejant), haver d'estar sis hores de classe a ple rendiment no em va sortir del tot bé. He de dir en defensa meua que el que passava quan sortia de classe no col·laborava a que les coses fossin més fàcils, però hi havia hores que l'aula es començava a fer petita, que em sentia tancat, atrapat, i necessitava fugir.

Normalment ho feia, de fet, tenia la sort de que alguns professors m'entenien amb la mirada, i no necessitava fer gaire fressa per marxar. Altres no m'ho van posar tan fàcil, i per això no era client habitual de les seves assignatures. No sabia el que em passava, i no va ser fins que vam versionar una altra frase que no vaig trobar la clau per salvar el curs. Aquesta vegada era del geni català, que un dia va dir: «He après que si vols guanyar, has de comportar-te com un guanyador.» Evidentment era conscient de que les classes de llatí no eren una competició, però la intencionalitat de la frase sí que em podia anar bé. Necessitava un canvi, una altra manera de fer les coses, i per molta ajuda que demanés (que era de les coses que més em costava), el primer pas l'havia de fer jo.

Per casualitats temporals del destí, em venien per davant dos viatges que a primera vista vaig pensar que serien una gran oportunitat per fer un «reset». Pobre de mí. Eren dos viatges d'una setmana cada un, amb una setmana normal entremig, un als Països Baixos i l'altre a París. Tots dos eren d'un programa d'estudis en anglès (que per alguna raó se'm donava bé), i hi anava amb altres companys de l'institut. El primer va ser tot un èxit. S'ha de dir que Països Baixos és un lloc on és fàcil passar-s'ho bé, sobretot amb la seva popular agricultura... però aquesta no és la qüestió. La veritat que va ser un gran viatge, una experiència diferent, necessària, fins i tot sanadora. Vaig tornar a casa renovat, amb ganes de fer les coses bé, i de tornar a disfrutar.

«Fes que cada dia sigui especial». Així va ser l'enfocament de com volíem que anessin les coses quan tornés de París, una frase no gaire complicada d'entendre del Johan que marcava el meu primer pas endavant després de molts mesos de no saber aixecar el cap. Sentia que per fi començava a controlar la situació, però a vegades la vida pot ser molt més cruel amb tu del que t'esperes.

La tràgica nit de París

París va ser una experiència que em va ensenyar que fins i tot gaudint de viatjar amb els teus amics a una de les ciutats més boniques del món, pots

viure el pitjor moment de la teva vida quan menys t'ho esperes. Des de que vam arribar tenia una sensació rara, una sensació de que estava passant alguna cosa que jo no estava controlant.

Era la primera nit a la ciutat i semblava que només ens escaparíem a fer un parell de cerveses i tornàriem a descansar. No va ser així. Una trucada va arribar com un gir de guió que ningú havia anunciat, d'aquells que et deixen mirant la pantalla pensant «això no tocava ara». No hi havia sospites, ni preparació mental, només la sensació absurda que algú havia canviat les regles sense avisar. Més que ràbia, va ser sorpresa: aquella confiança que donava per feta va desaparèixer en un segon, com si mai hagués existit. I encara que ho expliqui amb calma i fins i tot amb una mica d'ironia, la veritat és que hi ha traïcions que no fan soroll quan passen, però que anys després segueixen ressonant.

Després de tant de temps segueixo sense ser capaç de posar en paraules aquell sentiment que em va fer miques i la barreja d'emocions que vaig tenir aquella nit. Sentir que la persona que més estimes t'ha enganyat d'aquesta manera, em va enfonsar com res ho havia pogut fer abans. Estava completament en fora de joc. Era impossible que qualsevol frase o qualsevol història em tragués allò del cap. Malauradament es van acostar a mi maneres de inhibir-me que en un altre context hagués rebutjat, però que en aquell moment, el meu cap em va dir que eren la solució. El següent que recordo és despertar amb un mal de cap de l'alçada d'un campanar, en una habitació que no era meva, i amb la tristesa més profunda arrelada al meu cor. La resta de la setmana va ser un seguit d'excessos i de ressaques molt intenses, però que la meva ànima necessitava. Vaig viure durant una setmana en un impàs emocional que quedava fora de la meva realitat, perquè realment estava a París, i sentia que estava en un altre món, però la patacada va arribar al tornar a casa.

Al veure els meus pares no vaig tenir prou forces per contenir-me les llàgrimes que portaven acompanyant els meus ulls des que havia pujat al tren de tornada. Era conscient de que tornava a la meva realitat, però no estava preparat per fer-ho. Tots aquells progressos que havia notat abans de marxar s'havien trencat amb el meu cor al portal d'aquell hotel. El que m'angoixava més era veure-la. Si algun cop us aconsellen que no sortiu amb algú de classe, feu-li cas. Les següents 2 setmanes no vaig ser capaç d'anar a classe, a part de lo ridícul que em sentia pel que havia passat (la qual cosa era el menor dels meus problemes), tenia una barreja de ràbia, tristesa i impotència a dins que eren una bomba de rellotgeria.

Després de molts dies, moltes hores, moltes llàgrimes (moltes), molts intents frustrats de intentar ser positiu amb el futur i molt de suport dels meus companys de vida, vaig poder tornar. La culpa no era meva, i aquest era el meu error més gran: culpar-me de tot el que no sortia bé al meu

voltant, enfonsar-me quan les coses no sortien bé; això és el que va corcar el meu jo interior. Havien sigut uns mesos de lluita interna gegant, i aprofitant una cosa molt típica que solen fer els humans quan comença un any, amb ell va començar una vida nova.

Redempció

El nou any no va ser un passeig de flors, ni molt menys, però sí que va ser una ruta com quan puges a una muntanya. Vaig començar de molt avall, molt, però des de que vaig aprendre a treure'm la responsabilitat que em carregava jo mateix de les coses que no podia controlar, tot va canviar. Suposo que li he d'agrair a la meva ex-parella que em fos infidel. En fi, he de dir que he tingut molta sort perquè apart de contades vegades, la sort em va posar al costat persones que, probablement, em van salvar la vida. Potser no físicament, però em van tornar les ganes de viure-la.

Amb aquesta onada de positivisme també em vaig proposar deixar tots aquells hàbits que eren perjudicials per mi, cosa que no vaig aconseguir, però almenys vaig aconseguir convertir-los en quelcom recreatiu, i no en mals vicis com al principi. Vaig seguir amb el batxillerat i efectivament el vaig acabar, per això estic aquí escrivint això. A ella la van fer fora. No venia a to però sempre em fa gràcia mencionar-ho. Afortunadament la meva vida va fer un gir de 365 graus que, vist des de l'Arnau de 20 anys, m'emplena d'orgull haver-lo tirat endavant. Reconec que he estat molt ben acompanyat, però el dia que vaig caure pensava que no me'n sortiria, i vaig estar realment a prop de no fer-ho. Jo dic que ja està superat, i en general m'ho crec bastant, però sempre hi ha moments en què el record apareix sense avisar i em fa sospitar que potser encara no he passat del tot l'última pantalla. Diuen que el temps tot ho cura; el meu temps s'ho ha pres amb molta calma.

No podia acomiadar-me de mi mateix i dels meus pensaments rebuscats als arxius de fa quatre anys, sense recordar-me que el primer dia que em vaig plantejar parlar d'això, pensava que no ho aconseguiria.

«La grandesa d'un equip es mesura per com s'aixeca després de caure».

Gràcies Pep, gràcies Johan, gràcies Arnau.

Retalls de vida

Anònim

Estiu

Ella es mira el net com juga a terra amb el cotxe vermell que era de la seva filla. És un porsche de la Barbie amb una capota descapotable. El volant ja no hi però les portes encara rutllen. En nen s'hi entreté; és el petit. El gran juga amb l'IPAD des de fa estona. A tots dos els agrada molt jugar amb aquestes maquetes, s'hi passen hores. Ella ja fa prou d'avisar a la filla que no els hi deixi jugar tant. És en va.

La màquina d'afaitar

S'ha espatllat. Ahir mentre ella netejava el lavabo li va caure per terra. Es va adonar que el llum vermell ja no s'encenia, ni endollant-la per posar-la a carregar. Ho va tornar a desar tot igual. I avui ja els té a tots dos esbrinant què deu haver passat: «ahir a mi em va anar bé», «potser el carregador s'ha espatllat», «era vella, fa molt temps que funciona», «ja la deu haver espatllat la teva mare». Ell remena pels calaixos del moble del menjador, el moble que ja tenien en el pis i que van portar a la casa nova i que era de quan es van casar, per veure si entre tot el munt de carregadors algun va bé. Cap funciona. El fill ja ho vol llençar tot a les escombraries; el seu pare, com sempre, «no ho llencis pas, alguna cosa encara es podrà aprofitar».

Ella els sent parlar, fa una mitja rialla contenta de veure'ls enraonar sense discutir i pensa que demà-passat serà l'aniversari d'ell i ja sap què li ha de regalar.

Plou

Ha sortit al balcó, es recolza a la barana, embadalida .Les gotes cauen en el bidó blau de fora el jardí. És un bidó gros que ell tenia dins el garatge i que un bon dia va deixar a fora al jardí, sota la canal, per tal que s'anés omplint d'aigua plujana. L'aigua baixa de dalt el terrat, ara ja només són quatre gotes. Un suau degoteig i la piuladissa d'uns estornells dalt l'antena de la casa veïna la mantenen absorta en la placidesa del darrer plugim.

L'amiga

Avui s'ha posat el vestit blau que va es comprar a mercat la setmana passada. La seva amiga de la colla de dones que van a caminar els diumenges el té igual.

L'hi va veure posat aquell dia que totes arribaven de caminar, suades i vestides d'esport. Eren aquells dies que l'amiga encara tenia el braç trencat i només anava a esmorzar. Es veu que va caure per l'escala. Totes s'ho van creure, menys ella . Es va fracturar el canell i encara li feia mal i per això no anava a caminar. Les esperava asseguda, fora la terrassa del bar. Estava molt maca amb el vestit blau amb ratlles blanques, sandàlies i les ungles pintades.

Avui ella el porta i s'hi sent bonica.

El pare

Sona el telèfon fix. No pot contestar. Està amb el mòbil parlant amb la TS. Torna a sonar el fix; insistent. Ella continua responent les preguntes que li fa la TS:

- Què menja?
- Li cal ajuda per caminar?
- Dorm bé?

—Va sol al WC?...

La trucada del fix és d'ell, i està desesperat. Sap que li ha de tornar la trucada. Diu a la TS que necessita agafar el telèfon un moment, la deixa esperant. De seguida l'agafa ell, no la noia hondurenya que des de fa dos anys viu amb ells. Vol saber què li ha passat, perquè no hi ha pujat aquesta tarda, si se li ha espatllat el cotxe. Ella el tranquil·litza:

—Estic bé.

Li explica que ha estat enfeïnada amb els preparatius per demà: farmàcia, roba, maletes..

—Moltes gràcies, moltes gràcies.... estic molt nerviós — contesta ell.

Li diu que tot anirà bé, que estarà ben cuidat, que no el deixarà d'anar a visitar, però que ara ha d'acabar de parlar amb la TS. Ell penja i ella se'n torna cap al mòbil tot reprimint una llàgrima.

El gat

Va arribar al mas que no tenia ni un mes. Els hi va portar ella, la seva filla gran. El va recollir que començava a obrir els ulls. L'havia esta alletant amb el biberó i en començar a menjar pinso els hi va portar. Li va agradar el seu color de tigre.

Si hagués estat de color negre, no l'hauria volgut pas. Des que a l'institut havia llegit «El gat negre» que li feien por els foscos.

El pare ja feia dies que li demanava:

—A veure si trobes un gat ratador, el mas està ple de ratolins .

—Aquest que volta per aquí no caça res, la teva mare no fa més que atipar-lo —remugava.

I un bon matí de juliol en «Mixu, que és com el van anomenar; un gat roig, vigilant i llest, amb moltes ganes de mossegar, va arribar al mas.

Ell de bon començament li va agafar estima. El tenia dormint al seu costat al sofà, i sobre els seus peus al llit. Li donava trossos de magdalena per esmorzar i talls de pernil per sopar. La dona per contra li mostrava certa hostilitat.

—Només és un gat

—No para de fer destrosses.

Li tirava per terra els testos de flors, s'enfilava al marbre de la cuina i a sobre la taula i li mossegava les espadenyes.

Ara ells ja no viuen al mas; en «Mixu» sí . Van ser en va els intents de la filla d'emportar-se'l a casa seva, a ciutat. A la que podia s'escapava i trescant per corriols, rieres i camps, tornava al mas.

Ara volta sol per un mas buit, net de ratolins.

Dissabte

S'aixeca a les vuit sense aquell enterboliment que L'assetjava ahir a la tarda. Va fer bé d'anar a llit ben d'hora. Esmorza sola: una llesca de pa proteic amb formatge fresc. Li agrada més el tendre i el curat, però no en compra. Engreixen-li va dir la dietista. Ell ja ha marxat cap a la muntanya a caçar bolets. Ella no en tenia ganes, s'ha estimat més allargat el son, i ara sense ningú a casa s'estira al sofà amb el mòbil: el duolingo, el wordle cat, el wordle castellà i el paraulògic que no acabarà. Després a l'Instagram i movent-se per les pàgines de Catorze descobrirà una nova escriptora i li agradarà el que escriu: «Tant si existeix com si no, el temps no té cap problema. El problema sempre som nosaltres, que volem entendre coses que pertanyen als deus...» (Esperança Sierra i Serra).

Quanta gent que escriu, pensarà. Ella també vol ser escriptora.

Dilluns

I comença una altra setmana. A poc a poc ha après a organitzar el dia a dia d'aquesta nova manera d'omplir el temps. Ara a part de no haver d'anar a escola, tampoc està tan lligada amb els pares. Ells viuen en una residència on una psicòloga que hi és cada matí en controla la seva adaptació, on mengen bé (menú fet per dietistes), van ben nets (una neteja al matí i una dutxa a la setmana), on un metge i una infermera els controlaran quan es trobin malament de salut, on els organitzen moooltes activitats : grup cognitiu (ell en el de més bons i ella en el més reduït pels que tenen pèrdua cognitiva) dilluns de bingo, dimarts i dijous gimnàs,...

—Estigues tranquil·la —li diu tothom.

—Ara estan molt millor que quan eren al mas —li repeteixen.

No sap què li passa. Li ha sortit un plor massa fàcil i una opressió prop del cor que la desvetlla a mitjanit.

Club de lectura

Ja l'any passat hi volia anar, però estava ple. Es podia apuntar a la llista d'espera per si algú se'n desfeia, no ho va fer pas. Ara ja hi és, va ser la primera d'apuntar-se només obrir la llista a principis de setembre. Va sortir-ne amb el llibre que havien de llegir per a la primera trobada: «Càsting» de l'Antònia Carré-Pons, un llibre curt que va llegir tot d'una tirada. El va trobar original pel fet que estigués escrit tot com un diàleg, sense narrador i sense guionets.

I va arribar el dia de la trobada, una quinzena de dones i només un home. Quasi totes ja repetien en el grup, ella era de les poques noves. Hi anava cofoia sabent que era l'escriptora qui portaria la xerrada. Els va parlar del procés d'elaboració del llibre, de les persones que li van ser font d'inspiració per crear els personatges i de les dificultats per arribar a fer un treball coherent, entretingut, que pogués arribar al lector. Tot i ser un llibre curt els va deixar clar que és difícil i llarg aconseguir un treball acceptable. Això ho va dir després de sentir les crítiques de les més parladores del grup.

Trobo que critiques la gent gran—

M'ha costat imaginar-me el pis on viuen les dues àvies, pensava més en un teatre.

Les àvies sembla que se'n fotin dels joves que busquen i no troben pis.

Va sortir de fosc amb un nou llibre sota el braç, un de no massa gruixut d'un escriptor japonès que va morir l'any que ella va néixer.

De tornada

Ha tornat a la residència després d'una setmana a l'hospital on li han fet moltes proves.

Com ha enyorat l'esposa, tenia por de no veure-la més o que ella no el recordés. Sortosament percep alleugerit que malgrat els seus obllits, ell li ha mancat. Segueixen uns dies en que prendrà més medicaments i el visitaran amb més freqüència la metgessa i la infermera. Li marxarà el dolor del pit, de l'estómac, els vòmits i l'estrenyiment, però li vindrà un mal de cap i unes calors estranyes en ell sempre tan fredolíc. Les cuidadores li seran excessivament atentes i amigables, i a taula i d'amagatotis una cullerada de més, un altre tall de pastís.

Sovintejaran les visites de fills i nets; fins i tot vindrà la neta que viu a l'estranger. Cada dia es sentirà més cansat, molest per l'anar i venir dels

residents amb la seva xerrameca sense sentit. Li esdevindrà una irritabilitat i un mal humor constant.

El seu cap no farà més que donar voltes al que li està revelant el cos, al que ja és massa evident; aquest mal que l'està assetjant des de fa tant temps no és cap bona senyal; això s'acaba.

I aclucarà els ulls, assegut a la butaca nova que acaben d'estrenar en el centre. Es veurà al mas conduint el galloper, remenant els socs vora el foc, amanyagant el gat, pujant a dalt els «quartos «per l'escala elèctrica, mirant des de la seva cadira rovellada del porxo, la figuera, els estornells i els seus camps.

El virus

Ha arribat el virus. Tots estan malalts. Tots tenen diarrea. Tothom amb mascareta; els familiars, els metges, les infermeres, la psicòloga, la treballadora social, el fisioterapeuta, les gereantòliges, les cuineres, les dones de la neteja; tothom. Ells no, els residents no porten mascareta. Els hi fan seguir una dieta, una dieta restringent. Ja no segueixen la dieta variada de cada setmana. És el que li ha explicat la «cambrera «de cara enfadada i cabells grisencs, quan ella ha preguntat pel full del menú setmanal que hi havia penjat al menjador. El pare, que encara no ha agafat el virus, li havia demanat que hi fes una ullada per veure què els donarien per sopar.

Es veu que avui ha menjat molt poc; només un bol petit d'arròs, una gelatina i un got d'aigua amb herbes, i ell té gana. Ella intenta explicar-li que encara que ell es trobi bé hi ha molts malalts i que només fan un menú, un menú igual per a tothom, per a frenar la passa de panxa.

Per tranquil·litzar-lo li proposa de sortir a fora, a passejar, per marxar d'allà dins, de l'olor espessa del virus. L'abriga amb la jaqueta gruixuda i la gorra nova que li va comprar a mercat. Li va portar la que tenia al mas, però ell la va trobar massa vella per posar-se-la allà dins i n'hi va fer comprar una de nova. A la mare li corda l'abric que era seu però que ja no es posa mai. Li ha de canviar la cremallera, ho farà, ara que ha après a fer anar la màquina de cosir elèctrica en el curs de costura creativa dels dijous.

Empeny la cadira de rodes amb ell assegut i la mare agafada del manillar, tal com feia ella anys enrere, quan era una mare jove i anava amb les dues filles.

Pugen pel passeig fins arribar a la cafeteria on demanarà un cafè amb llet i un xuixo per a ells i per a ella un tallat.

Silenci a bales

Les últimes paraules de Federico García Lorca

Anònim

Assassinat pels seus pensaments i per la seva defensa de la llibertat. Descansa sense pau en alguna fossa comuna, entre tantes altres víctimes del franquisme durant la Guerra Civil. Comença el monòleg dels seus últims pensaments, paraules i emocions. Il·lustrant el tràgic destí que li va ser imposat.

«De camí a Víznar. Ja sé cap a on em porten. No cal ser un geni per descobrir-ho. M'arriba l'olor de terra mullada. I de pólvora. Pólvora que d'aquí poc s'apropriarà de mi. No m'ho diuen —no cal— ja ho sé, ja sé què em faran. No he fet mal a ningú, però fer pensar és molt més perillós que matar.

Aquí és on acaba el camí dels intel·lectuals revolucionaris d'aquest temps: entre la terra i el fang, entre la pols i la por. Sota una lluna cansada de mirar tanta barbàrie, cansada d'haver de callar tot el que veu.

M'han acusat de moltes coses, i no em penedeixo de cap: de parlar massa, de creure en la llibertat humana, de ser amic dels qui no tenen veu. D'estar al bàndol equivocat —com si estar del costat dels qui maten en nom de Déu fos l'encertat. Si m'han de matar per això, que ho facin.

Han dit que escric per als rojos, per als comunistes, per als que estimen d'una altra manera, per als que somien un món més just. Un món on les llibertats no siguin restringides, on tothom tingui dret a expressar-se —tant en l'art com en la música i en la paraula. Un món on les veus siguin lliures.

I sí, és cert. Jo narro per a tots ells. Perquè ni la poesia ni el teatre són armes, però són molt més perilloses que totes les armes quan toquen la veritat.

Han dit que soc un espia rus, que amago una ràdio clandestina a la meua terra, que soc perillós perquè parlo de la veritat. S'han inventat que la meua

poesia és una amenaça per a l'ordre. M'han denunciat com a enemic de la pàtria, i jo només soc un poeta.

Estava amagat a casa dels Rosales, falangistes que van voler protegir-me. Però ni entre ells existeix la lleialtat. Van venir a buscar-me saltant-se totes les regles. Després, m'han tancat al Govern Civil de Granada, entre parets que ja coneixen el silenci dels condemnats. Valdés ha rebut l'ordre. Queipo de Llano ha dit que sí: que m'han de matar. No hi ha judici. No hi ha defensa. Només l'ordre d'un home que no m'ha llegit mai.

Em mataran per l'honor que representa matar una veu coneguda. Què millor per fer tremolar un poble que assassinar un dels seus poetes més estimats?

Recordo la meva Granada, quan encara era nostra. Els balcons plens de gitanes, les guitarres ressonant pels carrers, els riures omplint les cantonades dels barris. Les dones de Bernarda Alba encara miren el carrer des de darrere de les reixes, i ningú no les allibera. Jo només volia escriure allò que és viu: la sang, la terra, l'amor.

Però tot això els espanta. Els espanta la felicitat, la llibertat de la gent, la vida mateixa.

He vist com cremaven llibres, com tancaven i destruïen teatres, com si la cultura fos una malaltia. Però jo sé que la poesia fa la pau —el contrari de la guerra. Un vers pot fer tremolar un règim. Una guitarra pot dir més que un exèrcit. No només fan por les paraules.

Em pregunten si tinc por. I sí, en tinc. Però més por em faria viure callat. Més por em faria veure com el meu poble s'apaga sense poder cantar. Més por em faria no lluitar pel que he estimat i encara estimo: la poesia, la meva Granada, la meva terra, on tant he viscut i on ara m'estan matant tot el que era meu. Per això parlo, fins i tot ara, amb la gola plena de pols i de lluna.

Perquè vaig ser jo qui va escriure que la lluna s'endú els nens al camp quan ballen. Que els cavalls suen sang sota el sol. Que els gitanos ballen amb la mort com si fos una amant. No són fantasies: és la meva realitat, la meva forma de ser. La lluna és el destí. La sang, la vida. El cavall, la llibertat que no vol ser domada. Però a ells no els importa canviar la lluna, consumir la sang i matar el cavall.

Com en *Bodas de sangre*, la sang tornarà a ser llavor —llavor d'un pensament que els retraurà tots els seus errors i els farà pagar per ells.

Ara sento els passos. Ja em crida la nit, vol la meva vida.

Em mataran per roig, tot i no haver fet vida política, per homosexual, com si això fos un pecat; per poeta, després d'haver donat tantes alegries a la meva terra; per haver estat amic de qui no em tocava, com si l'amistat es pogués controlar. Em poden matar per demostrar que no temen a res. Però jo no he fet res dolent, ni he ferit a ningú.

Potser em dispararan aquí mateix, entre oliveres, al costat del barranc on tants altres han caigut. Allà a Víznar, la terra ja és plena de noms sense tomba, diuen que ja n'hi ha més de mil. Els afusellen d'un tret a la nuca, davant la fosa oberta, deixant els cossos on cauen, perquè fins i tot els enterradors temen a la mort.

Jo moriré amb la meva corbata de llaç —com els artistes, com els que encara creuen que la bellesa pot salvar el món.

Però no m'importa. Perquè el que escric no mor. Els trets no arriben al cor de la paraula, ni als papers plens d'escrits sobre la llibertat. Quan la meva sang toqui la terra, quan el meu cos s'ompli de sorra, que ningú plori. Diran que m'han matat per sentir-se superiors. Però no és cert. Jo continuaré viu en cada veu que es nega a ser silenciada. En cada persona que aprengui un poema sense saber que és meu.

Enterraran el meu cos, però no la meua veu. La veu d'un poble que canta, sota totes les guerres i tots els silenciats.

Un cop de porta em retorna a la vida. Em tiren a terra. De genolls. D'esquena. No em miren a la cara —no són capaços. Covards que maten valents. Resen a Déu, com si Déu els pogués absoldre. Avancen d'esquerra a dreta. Llàstima: jo soc al mig. Un tret. Cau el del meu costat. Dos trets.»

(Silenci. La seva veu s'apaga, les paraules continuen sonant, però ara en ritme poètic.)

El vers afusellat

No hi ha tomba per a la poesia,
ni trets que prohibeixin la paraula.
Matar qui parla en diuen valentia,
però el silenci mai no els salvarà.
Que tremoli la por quan escrivim,
que cada vers sigui un crit que reneix.
Ningú mor si el record el reclama,
la llengua és flama que mai s'apaga.
Poden tancar-nos els ulls de l'ànima,
però no el foc que dins la veu s'alça.
Escriure és viure sense temor,
cada paraula és un nou retorn.»

(Silenci, s'apaga la veu del poeta. Una veu llunyana repeteix sense parar, amb eco i un to indignat)

«Lorca seguirà viu, en la ment de la mort.
Que la poesia sigui la seva venjança.
Per a Lorca, i per a tots els que encara esperen justícia.»

Un espai dins meu

Anònim

Cada matí, ella es desvetllava amb la mateixa sensació: abans fins i tot d'obrir els ulls, pensava en ell. Era estrany com la seva presència omplia l'habitació abans que entrés la llum del sol. No necessitava despertador; només calia preguntar-se què diria ell, què faria ell, i el dia començava.

Cursava segon de Dret i, tot i sentir-se adulta, la major part de les seves decisions semblaven girar al seu voltant. Quan triava la música per al camí fins a la facultat, ho feia pensant en les seves recomanacions. Quan es posava la jaqueta o es recollia els cabells, imaginava si li agradaria. Fins i tot els seus horaris semblaven ajustar-se, d'una manera gairebé inconscient, a la seva disponibilitat.

Quan plegava de classe, passava pel parc per veure si ell hi era. I, si no, s'asseia al banc de sempre, perquè sentir-lo a prop —encara que fos només a través d'una pantalla— l'ajudava a respirar millor. Agafava una llibreta i hi escrivia sobretot el que ell havia dit, el que esperava que li digués o les preguntes que li faria si el veïés. El banc s'havia convertit en un lloc d'espera més que no pas de refugi.

A casa, durant el sopar, escoltava les converses de la família només a mitges. Una part de la seva ment continuava orbitant al voltant d'ell. I quan s'estirava al llit, no imaginava tant el futur com aquell petit univers compartit on ell sempre hi era, fins i tot quan no tocava que hi fos.

Els dies passaven tranquils, però cada cop més embolcallats d'una dependència dolça i inquietant alhora. Ell era el centre del seu petit món, i ella intentava descobrir si allò era amor, costum, por o simplement la manera que havia trobat de sentir-se menys sola.

Aquell dia, el so del despertador li va semblar insuportable, com si algú volgués recordar-li que la vida seguia encara que ella s'hagués quedat atrapada en algun punt de la nit. El primer pensament va ser el de sempre: ell. Però el segon va ser un record confús, la imatge d'una notificació al mòbil abans d'adormir-se. Va dubtar si havia estat real o un d'aquells somnis que confonen perquè desitges que passin... o perquè tems que passin.

Quan va obrir el telèfon, el va veure. Un correu d'ell. Només això ja li va fer tremolar les mans.

El va obrir amb el cor accelerat, esperant alguna cosa: un «hola», una explicació, un gest mínim que la salvés del buit. Però no hi havia res. Cap paraula. Cap salutació. Només una imatge adjunta: un paisatge indefinit, gairebé borrós, com si fos una fotografia feta a corre-cuita o extreta d'un lloc on ella no havia estat mai.

No era un adéu. Tampoc un retorn. Era una ombra. I justament això la va colpejar més que qualsevol paraula.

Al principi va creure que ho interpretava malament, que potser el missatge s'havia enviat incomplet. Però no: només aquella imatge muda que, d'alguna manera, pesava més que tots els silencis acumulats.

Després va arribar la vergonya. Vergonya d'haver esperat tants dies, tantes setmanes, una resposta clara, una frase que definís què eren o què havien deixat de ser. Vergonya d'haver posat en pausa tantes coses de la seva vida per algú que enviava fotografies sense context.

La ràbia li va arribar més lenta, com sempre. No com un crit, sinó com una pregunta amarga: què volia dir aquell correu? Era un reclam? Un recordatori? O només la demostració que ell podia aparèixer quan volgués, sense donar explicacions?

Aquella nit va obrir la llibreta. La pàgina en blanc la va intimidar més que la fotografia. Escriure el seu nom li feia mal, però evitar-lo encara més. I en aquell buit va notar, per primer cop, que alguna cosa començava a trencar-se... o a alliberar-se.

I mentre les llàgrimes li relliscaven en silenci, va notar, per primer cop en molt temps, una sensació nova: un espai dins seu que abans estava ocupat per ell i que ara, tot i el dolor i la imatge muda del correu, començava a buidar-se. Deixava lloc per a alguna cosa que encara no sabia com anomenar. Potser força. Potser llibertat. Potser, simplement, ella mateixa.

En aquell moment va adonar-se que, potser, acabaria arribant a un lloc millor que aquell que deixava enrere. Un lloc on les seves pròpies decisions eren suficients per viure, on aquell neguit i aquella dependència dolorosa desapareixien. Un lloc que deixava enrere aquella història que li havia consumit l'ànima.

Va somriure mentre tancava la llibreta on escrivia, va fer una respiració profunda, plena d'aire fresc i de possibilitats. Al seu voltant, tot semblava més clar, més viu. I finalment, va entendre que estar sola no sempre era sinònim de buit, també podia ser sinònim de llibertat.

Una pàgina que mai no podrà llegir

Anònim

La música vibrava dins el pit com un segon cor. Els llums de colors tallaven la foscor a batzegades i l'aire feia olor de sal, suor i cervesa vessada. Era una nit d'estiu com tantes altres, amb la platja plena de gent que reia massa fort i ballava sense pensar en l'endemà.

La Laia ballava descalça sobre la sorra dura, a prop del xiringuito. Sentia el baix ressonar-li per les cames, pujar-li per l'esquena. Els amics s'havien dispersat feia estona, però no li importava. De tant en tant algú li somreia, algú li deia alguna cosa a cau d'orella que ella no acabava d'entendre i reia igualment.

I després...

Res.

Quan obre els ulls, el sol li cau directe a la cara. No entén què passa. El primer que nota és la sorra enganxada a la galta, als braços, als cabells. La boca seca, aspra, amb gust metàl·lic. El cap li pesa com si li haguessin omplert de cotó humit. Parpelleja. El món és massa brillant. Se sent estirada panxa amunt, amb el vestit arrugat i una sandàlia mig enterrada a un metre de distància. El mar, al davant, és d'un blau net i tranquil, completament aliè a ella.

S'incorpora a poc a poc. El cor li comença a bategar més de pressa sense saber per què. Mira al voltant. La platja és gairebé buida. Un home gran camina vora l'aigua. Una dona corre amb auriculars. Són les vuit del matí, potser abans. Tot té aquella calma neta de primera hora que no encaixa gens amb el que ella sent a dins. Intenta recordar. Tanca els ulls fort. La música. Els llums. La beguda freda a la mà. I després, un buit espès.

Com si algú hagués tallat la pel·lícula de cop. Nota una fiblada d'angoixa que li puja des de l'estómac fins a la gola. Es mira els braços, les cames, el cos, buscant alguna cosa que no sap ben bé què és. Una marca. Un senyal. Una prova. No troba res.

Es toca el cap. Tot li roda. Té la sensació estranya d'haver dormit massa i gens alhora. Com si el temps hagués passat per sobre seu sense demanar-li permís. Busca el mòbil amb mans tremoloses. El troba dins la bossa, ple de sorra. Diverses trucades perdudes. Missatges dels amics. L'últim missatge és de les 2:17. Després, silenci.

Mira el registre de trucades. No n'ha fet cap. Les fotos del mòbil s'aturen a la mateixa hora. L'última imatge és un vídeo curt on surt ella rient, amb la música de fons i una llum violeta que ho omple tot. Se'l mira tres vegades seguides. No es reconeix del tot. Sap que és ella, però alhora li sembla una altra persona. Algú despreocupat, algú que no té por. Ara, en canvi, tot el cos li demana alerta. S'aixeca amb dificultat. Les cames li tremolen lleugerament. Nota una sensació rara entre el cansament i el mareig, com si el seu cos no fos del tot seu. Intenta reconstruir la nit. Res, només el forat. I aquest forat és el que més l'espanta.

Perquè no és un oblit normal. No és haver begut massa. És una absència total, neta, tallant. Com si algú hagués apagat un interruptor dins del seu cap. Se li posa la pell de gallina malgrat la calor.

Té la sensació que alguna cosa ha passat. Alguna cosa important. Alguna cosa que el seu cos recorda, però la seva memòria no. I això la fa sentir estranya dins de si mateixa. Com si s'hagués despertat en un cos que ha viscut una nit que ella no ha pogut veure.

Camina lentament cap al passeig, amb la bossa penjant-li de l'espatlla. Cada pas és una pregunta sense resposta. Mira la gent que passa, els turistes esmorçant, els ciclistes, els nens amb flotadors. Tot és exageradament normal. I ella se sent fora de lloc, té ganes de plorar, però no sap ben bé per què. No hi ha cap imatge concreta que li provoqui el plor. Només la sensació profunda d'haver perdut alguna cosa seva durant la nit. Alguna cosa que no podrà recuperar. S'atura un moment i mira enrere, cap a la sorra on s'ha despertat. El mar entra i surt, pacient, esborrant petjades que ja no hi són. I entén que, passi el que passi, aquella nit quedarà sempre així: com una pàgina arrencada del seu propi llibre. Una pàgina que sap que existeix. Però que mai no podrà llegir.

Una pèrdua inesperada

Anònim

Una tarda de diumenge, el sol s'apressa a pondre's i el cel es vesteix amb tonalitats que feia dies que no lluïa. Sóc al negoci familiar, i avui, curiosament, no hi ha ningú. Potser és un presagi: el silenci i la buidor m'acompanyen, com si volguessin advertir-me que alguna cosa està a punt de trencar-se. O potser ningú ha volgut ser testimoni del moment en què una desconeguda, jo mateixa, comença a perdre el seny davant la pèrdua.

Asseguda rere el taulell, rebo un missatge. Una seqüència de mots interrelacionats que a mesura que els anava llegint, la intensitat augmentava i la incredulitat governava el predicat. Aquell seguit de paraules era les vores que teixides entre elles, comunicaven un clar missatge de condol. Un condol que no entenc, que no sé a què atribuir, i que em desconcerta. Tremolo. Els meus pensaments, desbocats, elaboren mil teories només llegint les paraules: «*T'acompanyo en el sentiment.*» Avanço la lectura i, entre llàgrimes i incredulitat, els meus ulls entreveuen les fatídiques paraules: «*la pèrdua de la teva àvia.*» El cor se m'accelera, però el cap encara s'aferra a la raó i s'inventa la hipòtesi que tot sigui un error, que aquell missatge no fos per a mi. Divago dintre de totes les possibilitats i desconeguts que podrien ser-ne els destinataris, traient-me a mi de l'equació.

Respiro, m'intento calmar, m'abraço a l'esperança que aquella notícia sigui aliena. I truco al meu pare.

Triga a respondre. Quan finalment ho fa, amb una veu esquerdada li explico el missatge. Es fa el silenci. Un silenci que no requeria de cap explicació. Cap so m'havia dit mai tant. Ho diu, i el silenci ja no és espera: és certesa. Ho diu. L'àvia ha marxat. Volia dir-m'ho en persona, però el

condol ha arribat abans. Possiblement fins al moment en què l'afirmació va ser alçada en veu alta, vaig voler habitar un món innocent, fet d'anhel i d'instabilitat, perquè la intuïció ja no em presentava cap bon presagi. De cop, cada record amb ella se m'esmicola, com grapat de sorra que s'esvaeix de les mans i es confon amb la resta.

Tanco els ulls. No puc parlar. El cor se'm trenca i els plors d'enyorança i desconcert s'entrellacen, perquè el meu amor cap a ella no concep que hi hagi un punt final. Ho nego, crido, pregunto, renego de la vida i de la injustícia.

En el fons sé que és una queixa egoista: la meva ànima la vol retenir, però el meu amor sincer la vol deixar anar, perquè estimar també és desitjar la pau i serenor de qui marxa.

El dol de la meva àvia és un dol que vull aprendre a habitar i pel que prèviament em volia preparar. La connexió que compartíem era profunda, gairebé inexplicable; sabia que seria una àncora difícil d'arrencar de la sorra. Havia intentat preparar-me per al buit, però les pèrdues sobtades tenen aquesta crueltat: t' enxampen al pitjor, al millor o al moment més imprevist, quan cos, cap i cor no saben com reaccionar. És viure en uns llimbs entre l'acceptació i la negació, com si tot fos un miratge, una simulació. No saps ni com et sents.

Sé que estic malament, perquè la pèrdua hi és, però a estones em sento tranquil·la o fins i tot feliç, i aleshores la culpa em consumeix per dins: com puc riure, com puc viure, si el cor somica? És un dolor amb venes, que només el temps podrà cicatritzar. Em pregunto: quan vindrà la tristesa? Quan m'aturaré, per deixar sortir tot el dol? I si no arriba mai?

Passen els dies i el dol tal i com el tenim normalitzat no arriba. És un sentiment que provoca neguit, nervis i fins i tot dubte. Com pot ser que després de pràcticament dos mesos no m'hagi enfonsat? Poder perquè l'amor ha passat per davant i el dol ha quedat en segon pla o la pena ha decidit prendre un camí diferent a l'habitual per així poder sanar més ràpid. Trobar el dol envers ella ha estat com fer un puzzle i mai trobar la peça que hi encaixa. No trobar o no saber comprendre de debò quin és el posicionament o el sentiment «adequat» davant aquesta pèrdua inesperada.

Aquesta absència de commoció m'ha fet reflexionar sobre les dues grans pèrdues de la meva vida, separades per una dècada. La maduresa m'ha ensenyat que no cal enfonsar-se per demostrar amor, que la tristesa pot ser serena, i que l'enyorança pot conviure amb la il·lusió. Potser aquest és el dol més dolç: el de poder recordar amb llum, sense deixar d'estimar. Així, almenys, és com l'àvia hauria volgut que fos i com ella era. He personificat aquest dol en el seu record i tot el que em va donar. Una placidesa inhumana, una saviesa dolça i una empatia i saber estar davant la vida admirables. Em

plantejo, que sigui on sigui ella, resta en pau, en serenor i gratitud al veure que no es que hagi marxat abans d'hora sinó sense avisar per així ser menys conscients d'un buit que requereix de molta poesia i goig per ser omplert.

La serenor d'un comiat sense patiment m'ha regalat una pau profunda. Em quedo amb la imatge de la seva calma, envoltada dels qui més l'estimaven. Com la sorra, abraçada per l'aigua del mar, que es tenyeix d'una tonalitat més intensa, no per malestar sinó per la fredor inesperada de l'aigua, així és la pèrdua de l'àvia.

Vers de Nadal

Anònim

Tinc davant meu un plat d'escudella amb galets i pilota, i a l'altre costat de la taula hi tinc el meu cosí, mosso d'esquadra, caçador i votant de Vox. A la meva esquerra, de cap de taula hi tinc el meu altre cosí, enterprenur i empresari, amb molts més diners que tots els cosins junts, o això és el que ens fa saber. A la meva dreta hi tinc la meva cosina petita, lesbiana i a la que admiro perquè és ella mateixa, i li importa ben poc el que la nostra família conservadora pensi. El meu germà i jo potser som els més normals, o això és el que penso jo. Potser a mi em veuen com la happyflower, feminista i d'esquerres, que no es depila les aixelles. Però estic ben tranquil·la. Observo el ritual que es repeteix cada any, i l'única cosa que canvia som nosaltres, que cada cop som més vells. Bec vi, cava i ratafia per afuixar una mica les tensions que sento a dins. Ja m'apropo a la trentena, i ja no soc tan jove però tampoc tan vella. Però les coses agafen un altre to, més greu que el dels primers anys de la vintena. A l'estiu es casa la meva cosina, un any més gran que jo, i jo per tenir no tinc ni parella. Així que no tinc ni idea del que em depara el futur.

Després de les neules, els torrons i de fer cagar el tió decidim amb tots els cosins anar a una festa que fan a una pizzeria del poble. Fa uns quants anys que ja no hi visc al poble, hi he perdut el contacte amb molta gent. Hi havia una part de mi que no es podia expressar en aquell ambient, que no encaixava, que no podia respirar. Ara amb perspectiva no se si el problema era aquella ambient, o el problema el tenia jo, que necessitava fugir, però sense saber ben bé de què. Entrem a la festa i jo m'arrapo als meus cosins

com una capa protectora, anem directe a la barra perquè una cosa que tenim en comú és que em heretat una afició a l'alcohol.

Allà al costat de la barra em sembla haver vist el meu primer novio, aquell que encara que hagin passat els anys no he pogut treure'm del cap. I que potser no he oblidat perquè va passar de mi olímpicament, i els humans el que tenim és que ens agrada el drama. Abans quan fèiem cagar el tió, he parlat amb el meu cosí mosso d'esquadra, i ha sortit ell a la conversa, m'ha dit que a vegades es fumen algun porro junts. Perquè el que tenia el meu primer novio és una gran afició a la Marihuana.

Allà al mig de la festa, el meu cosí m'ha empès cap a ell i jo, amb un rom-cola a la mà, he fet una pirueta per esquivar-lo, digna d'una ballarina professional. No sé per què collons encara em posa nerviosa la seva presència. He pensat que, com a propòsit d'Any Nou, hauria de trobar una psicòloga que m'ajudi a entendre i m'expliqui què dimonis em passa amb els homes.

La festa avança i jo segueixo bevent. M'agradaria saber què pensa la gent del meu poble de mi: potser em veuen com una excèntrica i una mica tocada de l'ala... o potser no pensen res en absolut. Localitzo el meu ex entre la gent, però ni el miro. Parlo amb les seves cosines i acabo marxant de la festa sense haver-nos adreçat ni una paraula. Sé que no té cap mena de sentit que em senti així, però ho accepto, perquè no serveix de res lluitar contra això. És una part de mi immadura i ferida que no vol entrar en raó.

Una de les coses que no suportó d'haver nascut dona és que, des de petita, m'hagin amorrat a veure pel·lícules de Disney, que per Reis em comprassin nines de plàstic a les quals podia donar el biberó i canviar els bolquers. No suportó haver-me empassat totes les comèdies romàntiques infumables de Hollywood. I haver-me convertit en la persona que soc ara: una tia que no ho vol reconèixer, però que perd el cul pel primer tio que li passa per davant; que es munta pel·lícules i tergiversa la realitat.

En la meua defensa diré que he sortit així de fàbrica, i que si pogués seria diferent: aniria pel món sense importar-me si li agrado a un home o no, amb l'elegància i el poder d'aquelles persones que no donen gaire importància a res, i que justament per això resulten irresistibles.

Quina paranoia estar viu. Per una banda, és una experiència increïble; per l'altra, un malson. Des del principi de la humanitat que ens fem preguntes com: *Què collons fem aquí? Quin sentit té tot això?* I, tot i que hàgim inventat avions, mòbils i fins i tot la cura de la malària, encara ningú ha pogut respondre amb certesa aquestes grans qüestions. I potser ja està bé que sigui així, perquè si no, tot deixaria de tenir gràcia.

Ens aferrem a religions, llibres d'autoajuda o a algú que ens tiri les cartes del tarot perquè necessitem entendre el *perquè* de tot això. Però és impossible

saber amb certesa si la vida té un sentit més elevat que el d'un grapat de molècules que un dia van decidir mutar.

I joder... un dia ens hem de morir, i vivim com si això no hagués de passar mai. A vegades ens ratllem per coses que, en el fons, no tenen cap importància. Pensar en la mort fa por, però també t'ajuda a viure d'una altra manera, sent conscient que la vida és un viatge, un regal preciós i estrany.

Potser tenir fe és entendre que hi ha preguntes que no es poden respondre, i que l'únic que ens queda és confiar en la força misteriosa que és la vida, deixar-te portar, i fer com si el món fos una agència de viatges i tu poguessis triar una ruta que et faci bategar fort el cor.

Agraïments

A l'alumnat de l'assignatura d'Esriptura Creativa per compartir les seves històries i el seu talent.

A la professora Margarida Casacuberta per facilitar-nos un espai per al creixement intel·lectual i guiar-nos en el procés d'edició d'aquesta obra.

A l'equip de deganat de la Facultat de Lletres de la Universitat de Girona pel seu suport institucional i per fer possible la publicació d'aquest llibre digital.



Universitat de Girona
Facultat de Lletres



**Documenta
Universitaria**

@DocUniv
documentauniversitaria.com